Amor que triunfa

Obra teatral



POR

Manuel Díaz

y Manuel Fernández

Obras de los mismos autores:

En prepaparación

"Juan el Betunero"

"Es un Pecado"

Esta obra, puede adquirirse en la Librería Moderna, Don Gonzalo, 6, Puentegenil (Córdoba), y en el domicilio de los autores, Caza, 5, Ecija (Sevilla)

PERSONAJES

ENCARNA	20 años
MARIA	18 «
MARGARITA	18 «
DOÑA TERESA	50 «
LOLA (la criada)	25 «
PATRO	25 «
SOLÍS	23 «
JULIA	20 «
JUANA	45 «
LALI	5 «
RAIMUNDO	23 «
DON JUSTO	60 «
DON ANDRÉS	70 «
DON JULIÁN	55 «
JULIO	21 «
VIZCONDE del PALMAR	30 «
PACO	35 «
ALFREDO	24 «

CRIADO
CASIANO
PACO, JUAN, COQUIN, obreros, y dos o tres más.

Acto Primero

La escena representa ser un modesto despacho, de Don Justo Prieto, propietario de un taller de herrería y carpintería.

Al foro, una ventana que da a una de las principales calles de la ciudad. Lateral izquierda, la puerta que se comunica con la casa; lateral derecha, una mesa bufete; sobre la pared una reducida biblioteca con seleccionados libros y demás mobiliario; en el sitio mas conveniente aparecerá un reloj de péndola.

Derecha e izquierda, la del espectador.

La acción en Ecija, época actual.

ESCENA PRIMERA

JULIO; más tarde, JESÚS

JULIO. *(Sentado cómodamente, repasa una novela.)* Veinte, un veinticinco... treinta y dos... *(Breve pausa y deja la novela.)* Pues, señor; estamos arreglados; lo que es hoy no me sirve la cabeza ni para leer; no recuerdo ni en la página que iba. He trabajado más de lo de costumbre en el primer ejercicio de la mañana. Y por otra parte, no llego a comprender, cómo de un trabajo de *sport* me duela la cabeza.

JESÚS *(Entrando.)* Con tu permiso, Julio.

JULIO ¡Ah!; ¿eres tú, Jesús?

JESÚS Sí; ¿no me esperabas, quizás?

JULIO Te creía hoy en la comelona que los jóvenes de nuestra sociedad celebran en el campo.

JESÚS No, se ha aplazado para mañana, domingo. ¿Y tú, que hacías, mi buen amigo?

JULIO Me entretenía leyendo a Retana. *(Mostrando el libro.)*

JESÚS Eres dichoso a no más.

JULIO *(Algo preocupado.)* Sí; no hay motivo de tristeza que me aflija. Siéntate y fuma. *(Le da un pitillo.)*

JESÚS *(Sentándose.)* Eres rico; una novia que es un hechizo... ¡Nada, tienes mil de regocijos!

JULIO Y sin embargo, en el cielo más tranquilo nunca faltan algunas nubes, amigo Jesús.

JESÚS ¡Bah! A tu edad estás ridículo con ese romantisismo. Cosas del amor, ¿verdad?

JULIO Sí; el amor... las mujeres... Mira, Jesús, *(con sumo interés)* tú que eres mi amigo, mi confidente, te contaré algo de lo que hoy me motiva una abrumadora pesadumbre.

JESÚS Cuenta, di cuanto quieras.

JULIO Bien fácil y de poca importancia, sólo es, que en cualquier paraíso siempre se oculta una serpiente. Oye, Jesús, hoy, hace un momento, antes de llegar aquí, he visto a Guillermina, o mejor dicho, llegó a mí con la que reñí hace dos meses, ¿entiendes? Llegó suplicándome, llorando, que no hiciera con ella lo que me proponía, que no la abandonara. Se había enterado me casaba con Lola.

JESÚS Supongo que no hecharías cuenta a tan mala niña.

JULIO No, no es ésto lo grave, amigo Jesús, me dijo *más*, me dijo que se sentía madre.

JESÚS ¿Y todo esto es lo que te contrista? ¡Bah! échalo en olvido y como si nada hubiese pasado. Tú, te casas con Lola, que es mas guapa... y muy rica en principal, y allá penas.

JULIO Es que pudiera molestarme, porque Lola lo ignora todo.

JESÚS En tal caso, con decir que Guillermina ha manchado tu honra, cumples. ¡Todo se arreglará! ¡Ea! ¡a no pensar! *(Levantándose.)* Iremos a dar un paseo, que la tarde promete, y precisamente he venido por tí.

JULIO No, si yo no me aflijo; marchemos... Pero te adviertо, que tengo que estar de vuelta pronto, para el pago de los operarios.

JESÚS Ya se. *(Mirando la estantería de los libros.)* Bonita colección de libros reune tu hermano, Raimundo, ¿Qué? ¿Sigue con sus diabluras?

JULIO Siempre igual, poco varía, tan loco.

JESÚS ¡Pobre, Raimundo! *(Hacen mutis.)*

ESCENA II

DON JUSTO, CASIANO y RAIMUNDO

D. JUS. (*Entrando.*) Bien; quién me diría que ese pájaro, respecto al pago, no era puntual; a las cuatro en punto estoy de vuelta para saldar la cuenta, y son las cuatro y media, y nada... Que pesada es la vida con este trajín, señor... Lo último es ponerse frente a un negocio como este. ¡Ni Marruecos!... (*Se sienta.*) ¡Ay! Iremos haciendo algo. (*Entra Casiano de cobrar ciertas cuentas; jóven obrero de la casa.*)

CAS. Con su permiso.

D. JUS. ¿Qué traes de bueno?

CAS. De bueno, poco, señor... que nadie tiene dinero, mire usted. (*Mostrando las facturas.*) Lo que me llevé, casi íntegro lo traigo.

D. JUS. Ja, ja, ja, le parece a usted, nada muy bien; y después que no se caiga en falta. Si estubieran de dinero como de exigencias, es decir, dinero tienen, lo que es que no les da la gana de pagar. (*Se sienta Casiano.*)

CAS. Fíjese en esta factura.

D. JUS. Esto no puede seguir así. ¿Será posible que hoy se cumpla el tercer plazo que le prorrogué a este bendito señor, y aun no he podido recibir por cuenta ni un solo céntimo?

CAS. Pues no será por falta de visitas, que todos los días estoy en su casa. Anteayer fuí, y me dijo que

volviera hoy a las doce, y a dicha hora llegué y me dijo que no podía ocuparse hoy en ésto, que lo dejara para mañana.

D. JUS. ¡Conque eso te dijo!...

CAS. Si, señor.

D. JUS. Todo esto va a ser hasta que yo me harte de tantas impertinencias. Bueno; dejemos a este señorito y pasemos a los otros. (*Recogiendo una factura.*)

CAS. Esto es del mismo de siempre, no me ha abonado nada más que 200 pesetas de las 825'50 que debe; aun resta 625'50.

D. JUS. Sí, éste, a última hora, no es malo para pagar a plazos.

CAS. Esta otra factura, resulta que está ausente el señorito.

D. JUS. ¿No han dicho cuando volverá?

CAS. La criada me dijo que taldaría cuatro o cinco días en volver, pues ha marchado a Sevilla, a varios asuntos de familia y dice que como es tan aficionado a los toros es fácil que espere a la corrida del domingo.

D. JUS. No sé como se las arreglan los señoritos, que tienen para toros, viajes, tómbolas, bailes, y para pagar las cuentas nunca tienen dinero. Sigue.

CAS. Este dinero es el que me ha sobrado del pago de las letras. (*Pequeña pausa.*)

RAIM. (*Entrando por la izquierda.*) ¿Has vuelto ya, papá?

D. JUS. Hace un momento, hijo; mi genio de hoy no me permite estar mucho tiempo en la calle, la llegada de éste (*por Casiano*), con casi todas las facturas devueltas, me ha caído lo mismo que un baño en el mes de Enero.

CAS. (*Algo resentido.*) No tendré yo la culpa.

RAI. ¡Vamos, hombre! no es por ahí, piensas que es por tí, no, es por los negocios, que todos tienen estas

anomalías de contrariedad. La vida, la vida mi buen amigo. (*Dándole una palmada en el hombro.*)

D. JUS. Bueno, anda y vete a comer, y procuras, después, traerte en dinero lo que te llevas en papeles emborronados.

CAS. (*Recoge los papeles de la mesa.*) Si no manda usted otra cosa más, me retiro a mi obligación. (*Mutis, puerta izquierda.*)

D. JUS. Adiós, hombre, adiós.

RAI. Es bueno este chico.

D. JUS. Si que es muy servicial. ¿Qué, y la máquina se terminó?

RAI. No; poco le falta.

D. JUS. ¿Se concluirá para las cinco?

RAI. (*Fijándose en el reloj.*) Creo que sí; son las cinco, menos veinticinco.

D. JUS. Por las manchas que llevas en tus ropas, no me negarás que también has ayudado; no sé como te las arreglas que cada vez que vas al taller, siempre tienes que hacer algo.

RAI. Ya lo sé, padre. Si voy al taller, tengo que ayudar a algo; no reparo en las manchas de grasa o tizne; por que no la reconozco como mancha tal. Si llego aquí, tengo que confrontar con el libro, servirme del compás, la regla y otros utensilios. Si salgo a la calle y contemplo las multitudes enloquecidas por los parias de la vida, caminando por los senderos abruptos y cruel... no puedo por menos de abrirles mis brazos para detenerles a que no caigan en el fango del mal.

D. JUS. Siempre igual, hijo, y que mal te pagan.

RAI. Si fuésemos a mirar, querido padre, las indiferencias, no llegaríamos a ser nada en esta vida. ¡He ahí nuestro mal! Mejor dicho, el mal humano, la incomprensión que existe.

D. JUS. Ya que así lo reconoces, no culpes a nadie mas que a tí.

RAI. A mí; ¿porque? ¿Es que todos los seres humanos han de ser del mismo pensar?

D. JUS. No, no quiero decir con ésto, que debemos pensar todos lo mismo. Sólo que a tí, no te hace falta absolutamente nada, con este modesto taller. Si fuésemos a decir, que sólo dependía tu vida actual de un mezquino sueldo, no creería locuras en tí lo que hoy te propones.

RAI. ¡Locuras!... ¡No sé porqué!... ¿Porque trabajo y estudio? ¿Por que nó soy dominado por el vicio? Creo que no son motivos para decir esto, padre. Dejemos estos asuntos, que carecen del matiz que usted quiere darle y hablemos de otra cosa.

D. JUS. ¿Te molesta quizás la defensa, que para tu bien y el de todos nosotros, hago? Raimundo, hijo mío, piensa, date cuenta que tu vida se va aniquilando poco a poco y el jardín de tu juventud no lo ofreces a la naturaleza. Tu lucha y rectitud no domina otra cosa para tí, sino un continuo martirio.

RAI. (*Levantándose y paseando.*) Tal vez para mí sea así la vida, la lucha, el anhelo de llegar a un más allá, el gritar por todas partes la enfermedad que padece la humanidad, el buscar a doctores del corazón... para que reconozcan al del mundo y nos anuncie en el peligro que se haya. (*Transición.*) De lo contrario esto para mí no seria vida, se me pasaría tan desapercibida y monótona que apenas me daría cuenta de ella.

D. JUS. Convéncete, hijo, debes seguir el camino que te indico, la experiencia que dan los años, los muchos conocimientos de la vida. No es el primero que he conocido, que se ha forjado en su cerebro ideas ilusorias y que al transcurso de los años, ya agotadas sus fuerzas han tenido que hacer desaparecer las buenas ideas, que hoy miramos, a los que así piensan, con gran indiferencia. ¡Reflexiona, Raimundo! Es tu padre quien te acon-

seja ésto; soy yo el que te ruego, te suplico. (*Levantándose.*) Reflexiona, reflexiona... (*Hace mutis, vase.*)

ESCENA III

RAIMUNDO, solo

RAI. ¡Oh! humanidad... Siglo de la civilización, qué conjunto de dolor tan tremendo formáis... ¿Donde estás humanidad, que no te veo nada de humano? ¿Cuales son, siglos civilizados, tus adelantos morales, donde están...? ¡Mentira! Estás completamente corrompido por los hombres que jamás conocieron los unos, cual es el dolor... ni los otros, la ley de la vida,... la vida donde el moralista y el materialista se estrellan en el camino de la psicología. (Transición.) ¿Pero qué saben ellos de todo ésto? ¿Pero que han de saber si no sienten? Los pobres... pobres de alma que se felicitan por sí mismos, por que su cerebro sólo le sirve para anidar el instinto salvaje. ¿Y es mi padre, quien me dice que reflexione!... ¡Pobre, viejo!...

ESCENA IV

DICHOS Y MARÍA, hermana de RAIMUNDO

MAR. (*Entrando.*) ¡Ola! Raimundo, no te creía a estas horas en casa. ¿Y papá donde está?

RAI. Hace un momento marchó al taller, no tardará, se aproxima la hora que dará por terminada la ruda y penosa jornada de que son víctimas nuestros operarios.

MAR. (*Cambiando de tono.*) Siempre igual, hermano mío; nunca varían tus pensamientos; ello es la causa de que te combatan tanto.

RAI. Sólo la vida es así, hermana; ¿pero que me importa tener muchos combatientes (*llevándose la*

mano al pecho) si el que llevo aquí dentro sabe perdonar la inocencia de todos. ¡Si me odian... ellos se odian!

MAR. No, Raimundo, no te odian.

RAI. Tu eres la única que me consuelas con tus palabras, los otros no son así; tú eres muy buena ¡muy buena!... (*Besándola.*)

MAR. Si; pero no dejes de comprender que papá te quiere como yo pueda quererte, si se opone a la vida que llevas, es por que no te comprende.

RAI. O que no quiere comprenderme, hermana mía, pues tan difícil no soy de comprender, y si es nuestro hermano, Julio, ya sabes... siempre pretende salirme al paso, y verdaderamente siento en el alma, sean motivo de disgusto y enojo estas contrariedades. (*Breve pausa.*)

MAR. Tengo que contarte.....

RAI. ¿Qué era?

MAR. No; no era nada.

RAI. Si, María, algo has querido indicarme; no te cohíbas ante tu querido hermano.

MAR. (*Acarisiándole.*) Que sé todo cuanto ocultáis, entre tú y Encarna.

RAI. ¿Tú, sabes?...

MARI. ¡Todo! Las mujeres cundo tenemos una nueva de tal agrado, nos sentimos orgullosas al contárselo a una de nuestras mejores amigas, y esa he sido yo; pero, por mi parte, nadie lo sabrá. Suponte, que el día que llegue a oídos de sus padres... ¡pobres de vosotros dos!...

RAI. No demos importancia al caso, todo se vencerá.

MAR. Se obstinarán a que os améis; se opondrán a vuestras aspiraciones por lograr la dicha de sentirse amados eternamente; os pondrán infinidad de obstáculos para que no se veáis, y así poder olvidar; pero aunque así fuése todo ésto, se sentiréis cada vez mas fuertes, para poder sobrellevar los

terribles sinsabores de vuestra nueva vida de jóvenes. Y lo siento, por vosotros dos; por tí, que empezarás con mas bríos tu lucha, tu vida triste, monótona.

RAI. No, hermana, si pretenden que no luche, no dejaré de luchar, tampoco esta vida es para mí triste, la otra si lo sería, la de no pensar, la de no luchar, precisamente las relaciones con Encarna me darán mas fuerzas para seguir luchando. (*Enérgico, asido a María.*) ¡Por que es por ella, por tí, por todas las mártires de la vida, este mi ideal, el de defenderos, al alzaros y despojaros de las cadenas de los hombres que tan pesadamente arrastrais! (Transición.) Y ya lo ves... se rien todos: hombres, mujeres y niños, de este pobre hermano tuyo.

MAR. (*Conmovida.*) ¡Qué bueno eres, hermano! ¿Por que, todos los hombres no piensan como tú? ¿Por qué no tienen un corazón igual al tuyo?

RAI. Esas últimas palabras que has expresado, fundamentan algo que te ha acontecido.

MAR. No; no es nada, ligeras nubes de verano, que al fin y al cabo... no es nada.

RAI. No; así no me convences, a tí te ha sucedido algo, algo que me ocultas.

MAR. No; si no te oculto nada, precisamente al recordar lo de antes, he de decírtelo, pues creo encontrar en tí una estrella que me guíe en mi camino. Es cosa leve, un ligero disgusto con Jesús.

RAI. Calla, que llegan.

MAR. Dejémosles... Ya te contaré, Es papá y nuestro hermano Julio.

ESCENA V

DICHOS, JUSTO y JULIO

JUS. (*Entrando.*) De conferencias ¿verdad, queridos hijos?

MAR. Algo parecido, querido papá.

RAI. Sí; qué mejor conferencia y más agradable que la de dos hermanos.

JUL. (Aparte a María.) Deseaba verte, hermana, María.

MAR. ¿Pues no me estás viendo?

JUS. Y más, queriéndoos como decís.

RAI. Es muy cierto, usted lo sabe.

JUL. (Habla a María, a parte.) Para preguntarte si es cierto lo que, Alfredo, acaba de decirme.

MAR. ¿Has estado con él?

JUL. Sí, hace un momento vino por mí para dar un paseo.

MAR. (*Con desprecio.) A* mí ni que me lo mienten siquiera.

JUS. (Dándose cuenta de lo que habla, Julio, con María.) De secretitos ¡eh!

MAR. No, nada; aquí, Julio, ya sabes quien es: cosas suyas, locuras. (*A Julio.*) Y perdona, que no va con mala intención.

JUL. No; ya se, tú nunca vas con mala intención; ahora que, quiero ser un poco loco, para cuando haga diabluras me perdonéis; no he de ser gemelo de vosotros, y más de tí, María, que sólo te dedicas a querer corregir mis faltas. Al fin y al cabo, como la señorita de la casa.

RAI. (*Cerca de la mesa repasando un libro.*) Mira, Julio, a nuestra hermana no quiero que le hables de esa manera, y más esa palabra de señorita. Aquí no hay otro señorito que tú, y nunca ella ni ninguno de nosotros nos metemos en tu vida; por lo tanto, no debes meterte en cosas que carecen de importancia, con respecto a María.

MAR. Deja, Raimundo, ya se, que Julio no lo dice con mala intención.

JUL. Nunca pensé.....

JUS. Es que este Raimundo, lo toma todo muy en serio, ¡es tan formal!...

RAI. No todo lo tomo en serio, padre; pero, ésto, sí; no puedo ni debo consentir, que ni en género de bromas le diga esas palabras, por que, María, es para nosotros más que hermana, nuestra madre.

MAR. (*Con dulzura.*) ¡Raimundo...!

JUL. No sé por que te pones así; crees.....

JUS. (*Interrumpiendo.*) ¡Vamos! dejaros ya de tonterías; no se cuándo acabaréis de convenceros que ni pisca de gracia me hace el veros así. (*Suenan las campanadas de un reloj, que anuncian las cinco.*) Las cinco; ahora todo a la carrera. El tiempo que habéis empleado en discutir lo hubiéseis aprovechado mejor contando los jornales.

JUL. Eso no es trabajo de largas horas, en dos minutos terminaremos.

MAR. Yo me retiro para no interrumpir. (*Hace mutis.*)

RAI. No sé a qué viene ese tono, papá. Sabes, que no acostumbro ha intervenir en el pago de los operarios.

JUS. Son palabras... La exitación... ¡Dejémoslo así!

RAI. Es lo mejor; y para no perder la costumbre he de retirarme... y perdóname, papá, si te he molestado. (*Hace el mutis, vase.*)

JUS. Estás perdonado.

JUL. Siempre ha de salirse con ella mi hermanito.

JUS. Calla, Julio, me molestas al hablar así.

ESCENA VI

DICHOS, PACO, JUAN, COQUIN y dos o más obreros

JUA. (Entrando seguido de los demás.) Buenas tardes tengan ustedes. (*Todos igual.*)

JUS. y JUL. Muy buenas.

JUL. (*Aparte.*) Que listos son para cobrar.

JUS. (Dirigiéndose al bufete, se sienta.) ¡Ea! a pagar.

JUL. ¿Seguramente habréis trabajado como todos los días.

PAC. ¡Se hace lo que se puede! Pregunte el señorito a su Raimundo, el trabajo que nos ha dado terminar la máquina.

JUS. ¿Y al fin quedó terminada?

PAC. Sí, señor.

JUA Y que se ha quedao como nueva.

(*Mientras Justo y Julio se ocupan en el bufete, Coquín se dirige a Paco.*)

COQ. Oye, si se enterase el señó, Justo, que las escobillas del motó se han quemao, no sé que sería de nosotros.

PAC. Si se entera... que se entere; las cosas sirviendo es como se estropean.

COQ. No digo eso, demás se sabe que las cosas sirviendo es como se rompen, pero tú sabe demá como se pone, ¡no sería la primera ve!

PAC. Anda, cállate ya.

COQ. Yo, si me preguntan quien tuvo la culpa lo digo.

PAC. (*Amenasándole.*) Y te rompo las narices.

COQ. Eso es... Al más infeliz, siempre le toca perder; pero eso lo hace tú conmigo por que soy... quien soy... si no...

PAC. Si no... ¿Que iba a pasá? Toabía no ha nacío un guapo que se haya montao encima de mí; que pregunten por toas partes quien es Paco; que decí mi nombre, es lo mismo que si se dijera el de la Pilarona, que hasta la fuente de Cañato, tiembla. ¿Bonito soy yo!...

JUA. (*Que ha estado conversando con los demás obreros.*)Hoy nos van a dar aquí las ocho. ¡Si terminarán!...

JUL. A ver, Paco, toma lo tuyo: cinco pesetas.

PAC. *(A Justo.)* Pero, señó Justo, ¿no se me iba aumentá en algo el jornal?

JUL. Ve pasando con lo que ganas.

JUS. Hombre... más adelante, ya se te subirá, ya se te subirá...

PAC. Está bien, señó... hasta mañana. (*Hace mutis.)*
JUL. Tú, Coquín, ¡toma! tus cuatro pesetas. ¡Estás conforme?
COQ. No señó... me falta una peseta de ayé.
JUL. ¿Yo creía que no te acordabas?
COQ. Si no me hubiera hecho faltá, quizá se me hubiera orvidao.
JUL. ¡Ea! todo en una pieza, y en paz ¡eh!
COQ. Si señó, hasta mañana. (*Hace mutis.)*
JUL. Tú, Juan, ¿llevas lo tuyo *y* lo de los otros, 25 pesetas?
JUS. *(Levantándose.)* Oye, Juan, que no se te olvide mañana, cuando heches mano, hacer las repisas de esos balcones, que corren mucha prisa.
JUA. Está muy bien, señorito. ¿Manda osté algo más?
JUS. Nada.
JUA. Po... hasta mañana. (*Hace mutis.)*

ESCENA VII
JUSTO, JULIO y CRIADA

JUL. Parcce mal, que sabiendo quien es Raimundo, te vayas a su favor y ante él, te pongas a reprenderme. Estos motivos son los que originan, que mi hermano posea esa propiedad de sentirse superior a todos nosotros y, francamente, papaíto, no ha sido motivo para reprenderme, pues por un día que se retrase el trabajo, en cinco minutos, creo que no ha de perjudicarle a nadie.
JUS. Ya lo comprendo, mi exitación nerviosa me conduce a que pague el que no debe. ¡Es mi genio así!
JUL. Lo reconozco, padre.
JUS. Una falta que poseo no sólo para tí, que eres mi hijo, sino para los extraños también. ¡Hay que ser un poco benévolo, hijo!
JUL. ¿Quién no lo es?

JUS. ¿Quién lo pregunta?

JUL. Perdone, padre, si antes no lo fuí, lo seré desde esta fecha.

CRI. ¿Da usted su permiso?

JUS. Pasa. ¿Qué traes?

CRI. Un aviso y una letra, para que dé su conformidad.

JUL. Se dice, para aceptar la letra, mujer.

CRI. Bueno; lo que sea, yo no me puedo explicar bien.

JUS. (Después de tomar la letra y firmar.) Toma, ya está aceptada.

CRI. ¿Y ahora que le digo?

JUS. Con entregarla te basta ¡estúpida!

CRI. (*Disponiéndose a salir.*) ¡Ay! ¡Cómo está el señor, Justo! ¿Qué será eso de estúpida? ¿Será bueno? Será malo? *(Mutis.)*

JUS. Pues sí, hoy ha sido un día nada más que de sacar dinero, sin que ningún deudor se acuerde de visitarme.) ¡No está mal!

JUL. No le importe, padre, ya pagarán, tienen todos solvencia. Además, nosotros no vivimos a expensas de lo que nos deben en la calle.

JUS. (*Con cierta vanidad.*) Ni aunque estuviera tres años abierto el taller, dando trabajo a la calle, sin cobrar ni un céntimo, no nos haría falta para llevar este vivir lleno de placer y comodidad.

JUL. (*Con orgullo.*) Así me lo suponía yo.

JUS. Sólo es, hijo, que la conciencia no está tranquila hasta no tener todo lo mío en mi poder.

JUL. Le comprendo, padre; todos estamos en el deber de no hacer confianza con nadie, y más como se ha puesto la vida, que se ha perdido la formalidad y el crédito, de tal forma, que hay que olvidar las rancias constumbres.

JUS. Tú lo has dicho hijo. (*Enternecido.*) ¡Qué bien discurre! ¡Eres mi verdadero y único confidente!

JUL. No me hable usted así, no soy si no un bien educado hijo, fiel y alerta siempre, de un padre bueno y cariñoso como usted. Lo que sí pretendo, elevarlo muy alto, ya que tanto trabajo le costó lograr para sus hijos, un porvenir lleno de felicidad.

JUS. Que espíritu más optimista es el tuyo. ¡Ay! ¿Por qué tu hermano Raimundo no pensará así?

JUL. Es lamentable ¡pobre hermano mío! Nadie ha tenido la culpa si no todos esos libros (*indicando*) que encierra esa estantería, que si por mí fuera ya los hubiera quemado.

JUS. Siempre ha sido ese mi deseo, para evitar estos serios disgustos, que hay que ver lo que nos está dando que hacer.

JUL. Vivamos con la esperanza que no estará muy lejos el día que desista... *(Interrumpiendo, Andrés.)*

AND. ¿Se puede pasar?

ESCENA VIII

DICHOS, y ANDRES

JUS. ¡Pues, digo! si es el señor don Andrés, ¡adelante!

JUL. No faltaría más.

AND. Al llegar, encontré franca la entrada...

JUS. Precisamente el que llega a su casa... Tome usted asiento.

AND. Muchas gracias; sólo venía...

JUS. *(Interrumpiendo.)* ¡Ah! ya, a lo que usted me dijo días pasados.

AND. No; se trata de un asunto, de suma importancia.

JUL. ¿Cómo? ¿Sabía usted...?

AND. Que os casáis en breve.

JUL. Sí; no es tan breve...

AND. Bueno, hombre, cuando llegue ese día no dejarás de comunicármelo.

JUL. Descuide usted que así lo haré.
AND. Muchas gracias.
JUL. No hay por qué. Con vuestro permiso. Hasta ahora. *(Mutis.)*
AND. Adiós. Es bueno este chico. *(Corta pausa.)* Pues bien, ya que estamos solos, ¡iremos al grano!
JUS. Usted dirá cuál es el objeto de su visita y en lo que puedo servirle.
AND. Es algo grave lo que deseo, y digo grave, por que depende de Raimundo. ¡Quien nos iba a decir, que después de todo iba a llegar la cosa al extremo que ha llegado!
JUS. Don Andrés, si usted no se esplica mejor...
AND. ¡Ah! ¿Pero tú no te has dado cuenta, de lo que pretendo¿ Pero tampoco sabías...? ¿Ni ninguno de vosotros, habiais notado nada de lo que hace un momento, ha sido dique de varios disgustos en casa de mi hijo?
JUS. (Sorprendido.) ¿Eh? ¿Pero qué me quiere usted decir con esas palabras?
AND. Pues casi nada. Que tu Raimundo, después del diablo del genio que nos gasta, se le ha venido a declarar con pruebas evidentes, de que sostiene relaciones amorosas con mi nieta, Encarna.
JUS. (*Aparte, con cierto aire de vanidad.*) ¿Quién mejor que mi hijo? (*Alto.*) ¡Bonita idea! (*Toca el timbre.*)
AND. ¿Qué intentas?
JUS. Aclarar este asunto.
AND. ¿Cómo?... *(Aparece la criada en la puerta.)*
CRI. ¿Llamava el señor?...
JUS. Sí; ¿está Raimundo?
CRI. Si señor, cuidando los pájaros.
JUS. Dile que venga. (*Mutis de la criada.*)

ESCENA IX

DICHOS, y RAIMUNDO

RAI. ¿Para qué me querías, papá? (Viendo a Don Andrés.) ¡Ah! Está usted aquí, Don Andrés, buenas tardes, he entrado tan despreocupado, sin reparar... usted perdone.

AND. Nada, hombre, muy buenas.

JUS. Hijo, has sido llamado porque Don Andrés, acaba de comunicarme ha sido descubierto lo que ocultabais entre Encarna y...

RAI. (*Cortándole la palabra.*) También ustedes sabíais...

AND. Hace un momento nos hemos enterado todos en casa de mi hijo. ¡Buen ratito nos ha hecho pasar la noticia!

RAI. Agradable, desde luego.

JUS. (*Reprendiendo.*) ¡Raimundo!

AND. ¡Ola! ¿Estamos de buen humor?

RAI. Abreviemos. (*Reponiéndose.*) Usted, su hijo y su hija política, estáis enterados de mis relaciones con Encarna, ¡es muy cierto! y usted, Don Andrés, ha venido a preguntármelo.

AND. A preguntártelo y a ponerte en antecedentes de que has hecho muy mal. (*Con soberbia.*) ¡O, a mejor decir!, que tú mismo no debías de haber abrigado en tu mente la idea de tales propósitos, porque ni Encarna te puede querer, ni tus condiciones son para ligarte a ella.

RAI. ¡Basta! Ya sé donde va usted a parar. No se me fué lo que usted pretende; pero el tocar ahí es tocar a un fuego tan fuerte que ha de quedarse abrasado todo aquel que apagarlo quiera.

JUS. Hijo, reconoce, observa y medita que estás hablando con Don Andrés, con el que te ha criado desde pequeño, a quien le debes todo lo que tienes.

RAI. No, padre, no hablo con tal señor, hablo en estos momentos con quien intenta destrozar mi corazón, con el que trata de destruir la obra humana que forjo; y, en cuanto a deberle lo que tengo, os digo, que yo no tengo nada más que un cariño muy grande, muy verdadero para Encarna (*Trancisión.*) Si existe alguna cuenta, que yo no recuerde,ahora estamos a tiempo. *(Pasea la escena.)*

AND. Hablas siempre muy despreocupado.

RAI. La sociedad, los hombres, todos me obligan. ¿Es por ventura acaso que dos personas que se aman mutuamente; tengan que abstenerse al gusto o capricho de los padres?... ¡No! eso no es amor, he ahí de donde radica el mal de tantas venturas y desgracias en la vida actual. Y si nó, pasar una mirada por infinidades de familias, que casaron no por amor, sino por el interés; elevar vuestros recuerdos a tantas y tantas que viven sin ser amadas, y, sin embargo, viven en vida matrimonial. ¿Pero como viven? Y por que mi corazón no ha nacido para enmudecer ante tanta villanía, me consideráis como un loco y pretendéis estrujarlo de tal forma... ¡Pobres los locos!... Ya ven ustedes, estas son mis condiciones, las que dice, Don Andrés, que no son para unirme a su nieta.

Usted,... mi padre. Usted, su abuelo, apartad de vuestra conciencia, toda hipocresía y decidme si mi alma no puede o no debe pertenecer a esa mujer, y que tras de mucho tiempo de amor en silencio, hoy que ha sido descubierto, nos lo quieran romper. ¡No! ¡Eso, no! ¡Ya es imposible!

AND. ¿Quien lo impide?

RAI. ¡Ella y yo!

AND. ¿Quiénes sois vosotros contra la volutad de vuestros padres? *(Dirigiéndose a Justo.)* ¿Verdad Justo?

JUS. Si señor, Don Andrés.

RAI. La razón, el derecho.

AND. Precisamente eso es, el derecho, la razón, que tu no tienes derecho a casarte con la hija de mi hijo.

JUS. *(Indignado.)* Hijo, olvidar es muy fácil; además... que hay muchas mujeres y entre ellas habrá quien te quiera.

RAI. Según vuestro concepto, facilísimo es olvidar, pero el mío, no; yo jamás pensé querer para olvidar, tampoco comprometí mi corazón en son de que habría muchas que también lo quisieran.

AND. (*Levantándose.*) ¿Pero es que insistes, que la hija de unos señores descendientes de renombrados títulos, como nosotros, va a casarse con el hijo de un sirviente suyo? ¡Vamos! no hagas que me ría de tí. Recapacita ante lo dicho, y verás clara la torpeza que has cometido, la locura de niño... *(Aparece la criada.)*

CRI. Una carta para el señorito, Raimundo.

RAI. A ver. (*Aparte.)* ¿Qué será? (*A la criada.*) ¿Espera alguien?

CRI. No, señor.

RAI. Puedes retirarte. (*Mutis de la criada.)* No está mal. También su hijo me manda a llamar. Será para lo mismo. Bonita se presenta la situación.

AND. De tí depende el no agravarla.

RAI. Mi camino está trazado; dejadme seguir por él... y nada ocurrirá.

AND. Pero, ¡qué diablo! no hay medio de convencerle. ¡No importe! ya se arreglará todo ésto; de una u otra manera yo he cumplido con mi deber de abuelo, y me marcho con la esperanza de verle muy pronto convencido. (*Dirigiéndose a la puerta.*) Con que... buenas tardes. Hasta luego, Raimundo.

JUS. (*Acompañando a don Andrés.*) (*Aparte.*) Ya ve usted quien es mi hijo, aconsejarle es inútil, el remedio está en ella.

AND. En su busca voy, en su busca voy. (*Mutis de los dos.*)

ESCENA X

RAIMUNDO, después ENCARNA

RAI. (Viéndolos marchar.) Hasta luego... (*Vuelve a la escena.)* Bien; no es tan fácil encotrar dos personas por viejos o nuevos que sean, que no me molesten. Mi padre, mi hermano, el amigo, la amiga, todos en contra de Raimundo, y ahora para remachar el clavo, ha sido descubierta mis relaciones con la nieta de este pobre viejo, que por que casó con una marquesa viuda, me dice que no puedo ni tengo derecho a casarme con ella, olvidándose el buen señor, de cuando tuvo que vender el título. *(Corta pausa.)* Lo que no llego a explicarme, cómo hayan sido descubiertos estos amoríos, con lo bien que lo disimulamos. ¿Por ella?... ¡No! Ya la gente comentaban mucho nuestras contínuas visitas y paseos a solas; pero, no; ahí tampoco, habrá sido por algún otro lado; ya lo veremos. (*Se sienta saca un pitillo y fuma.*) También hoy, su padre, me ha llamado, cuando ni mi conversación ha querido. No dudo que se opondrá a ello, como padre de alto linaje; habrá grandes y serios disgustos, discuciones... y quién sabe si algo más: sacrificios para ella, para mí... Pero ¿qué nos importa si nos queremos? ¡Y tanto! ¿Que he dicho? ¿querernos? algo más. *¡Mucho!* (*Pausa, fuma, reposa.*) ¡Tan bella¡... ¡De alma grande! ¡Tan grande*!*... Es ideal su espíritu de mujer moderna, no de este modernismo ridículo que hoy triunfa, no de un modernismo... (*Aparece en el dintel de la puerta, Encarna.*)

ENC. ¿Das tu permiso?

RAI. (*Viéndola.*) *¡*Mi Encarna*!* (*Se levanta.*)

ENC. Oye tú, ten cuidado, ¿estás solo?
RAI. Ya lo ves, y tú, que acabas de llegar.
ENC. Me podré así tranquilizar, pues temía fuese sorprendida al entrar y ya ves lo que me esperaría.
RAI. Y después de todo, de qué nos ha servido hacer el papel de amigos, cuando a estas horas, todo el mundo lo sabe.
ENC. (*Con vivo interés.*) ¿Qué me dices, Raimundo? ¿Como?
RAI. Ya lo oyes. Lo demás... yo no me lo explico; pero, sí hace un momento se ha ido tu abuelo de aquí, que vino a traerme la navedad. ¡Buen rato me ha dado! Y lo bueno del caso, que tu no sabes nada.
ENC. Absolutamente nada. Salí de casa, después de las dos, he estado en casa de las de Tirado, y ahora vuelvo, y por el camino me dije: voy a pasarme por casa de María.
RAI. Si así lo pensaste, ahora te acompañará mi hermana a tu casa, pueden venir buscándote...
ENC. (Llorando.) ¡Ay! ¡Cómo estará mi mamá, mi papá! ¡Qué miedo!; Qué vergüenza!
RAI. No, eso nó; ni lo uno ni lo otro. Tú te mostrarás cual eres por dentro, cual tu corazón piensa y siente, que yo siempre a tu lado estaré, para no olvidarte, como hasta aquí lo he hecho. ¡Sí, mi Encarna! la tranquilidad nos la roban, pero nuestro amor se hará más fuerte, y no por eso has de llorar.
¡Sí!... ¡Ven!... Acércate. (*Cojiéndola entre sus brazos.*) Déjame que gocen mis ojos ante tu rostro anacarado, déjalos que se deslicen suaves como las aguas del poético Genil; déjame que te abrace con mas ardor que nunca; ¡déjame que te bese! (*Lo hace.*)
ENC. ¡¡Raimundo!!
RAI. Si, amor mío, ahora vas a tu casa con aire

complaciente y alegre; que, después, iré yo, por que tu padre me ha llamado. Si es que pretende que esto termine, le diré que el amor ha enlazado nuestros corazones de tal forma, que jamás podrán separarse. ¿No son motivos para creerte dichosa?... ¿Por qué, pues, lloras?

ENC. Sí, lo soy dichosa, por tí, por nuestro amor; precisamente eso es lo que me atormenta, el que no nos deje a nuestra voluntad, la hipocresía de mis padres.

RAI. Eso no es tormento; llámele tormento si mi amor no fuese verdadero. ¡Encarna!... no te muestres débil ante éllos, muéstrate fuerte, invencible, así triunfaremos. Sí... Déjame así tan cerca, deja a mi corazón que palpite a la par del tuyo, déjalos que se fundan en uno sólo...

ESCENA XI

DICHOS, ANDRES, seguido de JUSTO y MARIA

AND. *(Sorprendido.)* ¡Eh! ¡Qué veo! *(Queda avergonzado.)*

ENC. ¡Ay! ¡Amor mío! *(Baja la cabeza avergonzada.)*

RAI. *¡Amor que triunfa!*

MAR. Ya lo ve usted, Don Andrés, dos personas que se aman.

JUS. ¡¡Raimundo!!

RAI. Ya lo ven ustedes: *¡nuestro amor obraba calladamente, y hoy lo descubrimos ante todo y por encima de todos!*

AND. *(Enérgico.)* *¡No!* eso no será.

RAI. *(Enérgico.)* *¡Lo veremos!*

TELON RAPIDO

Acto segundo

La escena representa una sala estrado, con puertas a derecha e izquierda y otra en el centro del foro; ésta, será puerta de entrada; en el lateral izquierdo, sobre el ángulo del foro, una ámplia ventana; en el centro una mesa propia de una casa de aristócratas, en la que habrá varios periódicos, entre éllos, La Esfera.

ESCENA PRIMERA

CRIADA, más tarde Don ANDRES

(La criada estará preparando el servicio para desayunar los señores.)

CRI. Los señores estarán al llegar. (Mientras tanto no dejará de colocarlo todo bien). El trajín de esta casa, para mí sola... Y ahora con estar algo delicadilla la señorita, Encarna, no tengo ninguna ayuda ¡Es tan buena!... La otra, con su misa, después las visitas y el teléfono... ¡Vaya con Margarita! Y la creen de más talento, por que Encarna quiere a un hombre, así... como yo al mío. Vaya, nos callaremos se vayan a enterar. (*Entra de la calle, Don Andrés, sin ser visto.*)

AND. ¿Se trajina?

CRI. (*Sorprendida.*) ¡Ah! ¿Es usted Don Andrés? Sí señor; preparando el desayuno.

AND. Muy bien. Cuando quiera puede servir el mío. (*Sentándose.*)

CRI. De seguida. (Vase, puerta foro y vuelve al momento.)

AND. Vengo de dar un paseo por los alrededores del

pueblo y es todo poesía lo que nos brinda la madre Naturaleza.

CRI. *(Después de haber servido.)* ¿Manda el señor algo más?

AND. Nada; puedes retirarte. (Se dispone a salir y Don Andrés la detiene.) Oye, ¿y Encarna? ¿no ha salido todabía de su cuarto?

CRI. No, señor.

AND. Está bien, sigue. (Mutis la criada.) ¡Caray, que quema! (Se levanta y se acerca puerta derecha y escucha.) No se siente nada; si estará dormida todavía. ¡Pobre, cuanto sufre! (Vuelve a sentarse.) Yo debiera convencer a mi hijo a que la dejara casar con Raimundo, con tal de no verla sufrir más. ¿Pero no es un tremendo pecado ligar ese hombre con mi familia? No debo consentir tan espantoso campanazo, por el mero capricho de la candidez de una niña vislumbrada de palabras fantásticas de un hombre que sueña, y... nada más. *(Termina de tomar el chocolate, entran por el foro, Julián, seguido de su esposa Teresa.)*

ESCENA II

DICHOS, Don JULIAN y TERESA

JULIAN Buenos días, papá

AND. Buenos, los tengas.

TER. (A la criada, que aparece.) Tráenos el chocolate. (*Se despoja del abrigo y velo.)* ¿Usted ya lo ha tomado? *(Vuelve de seguida la criada y sirve.)*

AND. Sí, hija, ahora mismo.

JULIAN Hoy nos ha pillado usted la delantera.

AND. Hijo, hoy todabía no he ido a misa, lo que sí he dado es un paseíto por el pueblo; la mañana promete. Además... he pensado oir la misa de doce. (*Entra la criada, sirve y recoge lo de Don Andrés.*)

TER. Me admira los años que usted tiene y lo que le gusta andar.

AND. ¡Phs!; no tiene importancia alguna. (*Corta pausa.*) ¿Y Margarita?

TER. Quedó en la puerta, con las de Tirado.

AND. A la criada, pregunté por Encarna...

TER. Encarna se levanta algo mas tarde, como está un poco delicada. (*Se levanta y va a la puerta derecha.*) ¡Encarna!... ¡Encarna!... el desayuno, hija. (*Vuelve a sentarse.*)

AND. La pobre, sufre.

JULIAN ¿Y que hacer papá...? Cree usted que no sufro yo y todos sufrimos a la par de ella. Los padres, como usted sabe, tenemos especial tino para adivinar lo que le pasa a los hijos; tres meses lleva así... y temo que se busque una seria enfermedad

TER. Sí; todos sufrimos, y en vano todo lo que pretendamos; porque más que le suplico, le lloro...

AND. No digas tonterías; en la vida todo tiene su fin.

JULIAN Y si esto no termina, tal como nuestra estirpe nos lo exige, sería peor para ella. (*Entra la criada y recoge el servicio; mutis.*)

TER. Sí, Julián, lo propuesto por el padre Lorenzo, sería motivo de que se comentase por el pueblo lo que no debemos consentir.

JULIAN No faltaría más, antes que verse nuestro nombre manchado, no digo recluída en un colegio, si no hacerla tomar los hábitos.

AND. No nos pongamos en ese campo, queridos hijos, que no se trata de una modistilla, pues su sangre es tan noble como la nuestra y ella le impulsará a olvidar todo ésto.

TER. Callemos, ya sale.

ESCENA III

DICHOS y ENCARNA, puerta derecha

ENC. (Entrando.) Buenos días.

TER. y JULIAN ¡Ola! hija.

AND. Está hoy mejor.

ENC. Lo mismo; mi mal, de esta forma, no se cura, querido abuelo.

TER. Llamaré a que sirvan el desayuno. (Intenta levantarse.)

ENC. No; estése quieta, querida mamá; no tengo ahora mismo apetito para nada. He oído vuestras últimas palabras y no es posible que el desayuno me siente bien.

JULIAN (*A parte.*) Su pesar me mata.

TER. Hija... ¿Qué de particular tiene lo que hemos dicho? Es por tu felicidad.

ENC. Detesto esa felicidad tan cruel que para mí queréis.

JULIAN ¿Que no? ¡Ya verás!

ENC. No puede ser... es en vano, padre.

TER. ¡Pues qué! ¿quizás merece ese bombre que le recuerdes? Ha sido siempre un tirano.

ENC. No, ¡eso nó! mamá. Ha sido y es un hombre honrado, de corazón muy santo; más... lo otro es falso.

AND. Que tú lo crees así, pero te engañas.

JULIAN Ya ves... ayer estuve hablando con él. No sé como me contuve cuando me contaba, que se yo... ¡Que insolente!

ENC. (*Conmovida.*) ¿Qué dijo?

JULIAN Lo que era de esperar de un hombre de semejante familia.

ENC. (*Aparte.*) ¡Cielos!... no tengo fuerzas para despegar mis labios, ¡todos encontra de mí! (*Alto.*) ¡No! No es posible, usted me engaña.

JULIAN Funesta creencia que te haces.

AND. (*Aparte.* No puedo verla sufrir, sufro tanto como ella, y todo por nuestra culpa. (*Alto.*) Pues, bien, me marcho hacia el jardín; hace un dia espléndido. ¿Darás una vuelta conmigo, Encarna?

ENC. Sí; ahora iré.

AND. ¡Ea!, pues en el jardín te espero. Verás como entre las flores, todo lo olvidarás y se aliviarán tus dolores. (Se dispone a salir.)

ENC. No esté usted en ello. (Mutis de Don Andrés, puerta foro.)

TER. Encarna, necesitas más distracción, más alegría, no te vas a pasar los años metida en tu habitación.

ENC. De mí no depende.

JULIAN ¿De quien? ¿Es que se te evita que pasees la mayor parte del día en el jardín?

ENC. No, pero la estrecha vigilancia que me habéis impuesto; además, el jardín no es para distraer ni para quitar penas, es para todo lo contrario, para recordarlas o... llorarlas. La calle, el paseo, las tertulias, aunque tampoco me gustan, son mas propias, y en cambio no me dejáis salir sola.

TER. (*Dándose cuenta.*) ¡Ah! ya, entonces es debido a nuestra compañía, el negarte la mayor parte de las veces el ir a misa. *¡No está mal!...*

JULIAN Son tantos los gustos que se le dan a los hijos, que éstos a veces quieren abusar de los padres y así me ha ocurrido a mí: mucha libertad, no reprimirte en nada, satisfacer todos tus caprichos.

ENC. Para ustedes será así, pero yo no lo reconozco. *(Corta pausa, entra Margarita, puerta foro.)*

ESCENA IV

DICHOS, y MARGARITA

MAR. Querida hermana, nos has negado la misa de hoy....

ENC. Me quedé dormida, como no acostumbran a llamarme... hace poco que me levanté.

MAR. Muy bien; pues ya nos preguntó el padre por tí, y las de Lópes y Tirado. ¿Habéis desayunado?

TER. Tu padre y yo; Encarna, no ha querido.

MAR. Vaya con Encarna, eso faltaba que perdieras el apetito.

ENC. Si mi corazón no supiera setir, sufrir ni amar, entonces nada me preocuparía la vida, hermana, y no me importarían los sinsabores que ella me brindara;pero mi corazón no carece de esos dotes que la naturaleza nos concede y siempre seré mártir, esclava de la sociedad.

MAR. Han variado tus pensamientos, tu modo de ser, parece que te alejas de nuestra sociedad, que la desprecias; no se como decirte, dices unas palabras, que, vamos, no se quién pudo enseñarte tanto. ¿En casa no habrás recibido esa instrucción tan diferente a la de nuestro nivel social?

JULIAN (*A Margaiita.*) ¿Dudas quién pudo ser el de tan villanas ideas? Margarita, tú lo sabes como todos nosotros, ese corazón que ahora despierta muy lento en tu alma de niña inocente, ese corazón, quiero que sea el que mantenga siempre nuestra estirpe, el que la eleve, en Encarna. Todas mis esperanzas las tengo perdidas, es imposible conducirla por buen camino.

ENC. *(Aparte.)* Que obstinación de padre. (*Alto.*) Sí, soy así,muy mala, de muy mal corazón. Pagarme como queráis, soy una mala hija para ustedes mis padres. Lo reconozco, una mala hermana para tí, Margarita, y tal vez una mala mujer, pero dejadme ser así. Sé que vosotros queréis llevarme a todas partes, que buscáis siempre modos y formas para que el hijo del Vizconde me de la lata con sus propósitos imposibles de realizar, porque en mi corazón ha entrado un hombre y no caben dos. *(Variando de tono.)* ¡Que no me lo permitís, bien; pero, dejadme siquiera que con él ensueñe, que piense y recuerde a todas horas las cosas que me decía; ya veis que poca cosa os pido...

JULIAN (*Levantándose soberbio.*) ¡Hija!...

TER. ¡Encarna!

MAR. (*Abrazándola.*) Hermana, tu deliras.

JULIAN Me marcho,estás como nunca y ten por entendido que así te recaerá más castigo. (Dirigiéndose puerta foro.) ¡Qué dolor de hija! (Mutis.)

TER. (*Levantándose se acerca a Encarna con los ojos arrasados.*) Todo esto es lo que vienes a darnos en pago ¿verdad?

MAR. (Dirigiéndose puerta izquierda.) Disgustos y mas digustos, mamá. (*Mutis*.)

TER. (*Mimándola.*) No, Encarna, tu no eres así. Convén con nosotros que nuestro honor está por encima de todo, serás feliz, muy feliz, si aceptas las palabras del hijo del Vizconde, es guapo, y rico... suponte. (*La besa.*) Sí, hija, no lo desaires cuado te busque, que yo también he sido joven y cuando ha sido preciso olvidar lo he hecho fácilmente.

ENC. Mamá perdóneme que le diga.., pero de usted a mí hay una enorme distancia; usted fué dichosa como muchas lo son con amar el dinero, la opulencia, y no al hombre honesto y honrado; usted no miró que mi padre, a una o dos mujeres, además de usted, le prometiera ser su esposo, que engañó, que... en fin, no quiero pensar cosas que me horrorizan.

TER. ¡Pobre hija mía!... Así me prometió también él, como atí; pero después... todos los hombres son iguales. No nos hagas más sufrir.

ENC. Si su sufrir sólo se tratara de mí, haría un esfuerzo para no verla sufrir más; pero no es así, se que usted sufre, además, con las cosas de mi padre. Ya ve usted, lo sé todo, aun que ha procurado ocultármelo, (*Mimosa.*) Así es, que le pido mamaíta, que por esta hija suya que os quiere a todos, más que os figuráis, le suplique a papaíto

me deje quererlo. Sí, mamá... usted es buena, muy buena. (*La besa.*) (*Suena el teléfono; corta pausa; prosigue el timbre del teléfono.*)

TER. ¿Quien llamará?

MAR. (*Entra puerta izquierda y corriendo se dirije al teléfono.*) ¿Quien será? ¿Será a mí?

TER. Es fácil, alguna de tus amigas

MAR. (Hablando en el teléfono.) ¿Con quien hablo?... ¡ah!... ya, sí. (*Dirigiéndose a la escena.*) Es la de López, mamá. (*En el teléfono.*) Sí; ¿y tú? Ya lo creo... monísima... ¡Ja, ja, ja¡ No me hagas reir. (*A la escena.*) Me pregunta por el vestido que he de llevar esta tarde. (*En el teléfono.*) Muy bien. ¿De veras? ¡Qué alegría! Claro, que sí. ¿Tú irás?... Pues allí nos veremos. ¿Pero está convidado? Lo que nos hemos de divertir. Muy bien. Adiós... (*Deja el teléfono.*)

ENC. ¿De qué te hablaba?

MAR. Respecto a la recepción que se orgoniza para esta tarde, con motivo de su despedida de soltera. ¿Tú nos acompañarás?

ENC. No tengo el cuerpo para ello.

MAR. Como quieras. (*Mutis puerta izquierda.*)

TER. Y yo voy a ver si está padre en el despacho. (*En el dintel de la puerta.*) Qué, ¿no bajas a tomar el sol al jardin?

ENC. Ya iré. (*Mutis de Doña Teresa.*)

ESCENA V

ENCARNA, sola

ENC. Dicen que con el dinero, todo se logra, que no se sufre, ni se llora y todo es paz, alegría. Que ante el dinero, todos los obstáculos se salvan, las contrariedades se ven defraudadas. Y no es así, no. (*Saca el retrato de Raimundo, que lo llevará en el pecho.*) ¿No es verdad, Raimundo? Tú me lo

has dicho; tú, que eres el único a quien puedo creer; ¡mi sangre... mi vida! (*Besa el retrato.*) (*Mutis, puerta derecha.*)

ESCENA VI

CRIADO, mas tarde, CRIADA

CRI. (*Entrando, puerta foro.*) (*Traerá varios periódicos consigo; los suelta en la mesa.*) Aquí tenemos la contrariedad de este mundo. Una docena de periódicos le traen to los días al señorito y a uno no se acuerdan de mandarle ni un programa de cine. ¡Qué mal dispuesta está la vida!... *(De pronto.)* ¡Porque quizá no somos de carne y güeso los pobre! Eso es lo que yo me digo, mucha vece que los mismos paso que dió la madre der señorito... dio la mía pa echarme al mundo. (*Coge un periódico.)* Voy a ve si pueo ve algo así po encima. A mí... también me gusta enterarme del estao del país y en la situación que nos encontramos los ciudadanos. (*Esta última palabra muy redicha. Al tender la mirada en la mesa ve una caja de puros. Sorprendido.*)¡Caray! la caja de puro ya está empesá. Po ya me voy a considerá aristocratizao. (Coge un puro. Se dispone a guardárselo y se lo impide la criada que entra puerta foro.)

CRIADA. ¿Mi alma, que jace?

CRI. (*Sonrisa fingida y gesto cómico.*) Ná, es... es... que estaba... poniendo en orden esto.

CRIADA *(Con intención.)* Vamos hombre, que te crees que soy tonta. Te estoy conociendo en la cara, que no jacía na bueno.

CRI. ¿Que no jacía ná bueno? ¿Que creía tú que yo jacía? Vamo a vé si lo adivina.

CRIADA ¿Que me va a dar si te lo acierto?

CRI. ¿Que te voy ada? (*Rascándose la cabeza.*) Verá... te voy a da... te voy a da... un abrazo mu fuerte.

CRI. Anda, guillao. Te cree que ha dao con esa escarola de las corsarias. Ná hombre, que ustedes tomáis enseguidita a las mocitas que son criá en el campo, por una inocentona, la que mas y que meno no se le ponen pelo en la lengua, cuando un refinao como tú se trasmi... traslimita en algo.

CRIADO Para, mujé... que parece un volcán en erupción, cuando toma la palabra. ¿Ta creío que yo he tratao al darte esta broma de abusar contigo? Si lo hago con la mejó intención.

CRI. Con la mejó intención... ¡eh! ¡Po vaya una intención!...

CRIADO Bueno, aquí vamo a dejá esto y entérate de lo que es menesté.

CRI. De que tengo yo que enterame.

CRIADO Na, de lo que yo jacía cuando tú entraba, no me vaya a salí por petenera cuando estén los señores delante.

CRI. ¿Tu vé?

CRIADO ¿No le pasa a cualquiera? Entré a traé la correspondencia, vi la caja de puro y cojí pa fumármelo en la cuadra, lugá que tengo preferío pa estas cosas.

CRI. ¿Y pa comé también?

CRIADO Eso es ponerme de burro.

CRI. Tu mismo te lo dice.

CRIADO No me andes mas con bromitas... que te voy a meté el puro...

CRI. ¿Por donde?

CRIADO ¡Por las narices!

CRI. ¡Ah!... me creí que te iba a tirá por otra parte.

CRIADO ¿Por donde quiere tu que yo me tire?

CRI. ¡Por el puente!

CRIADO Mira que bien me quiere y yo que andaba creío que tu corazón peía a voce juntarse con el mío. ¡Si no se pué uno ilucioná en ná!

CRI. ¿Que dice Juan...? Tú no tiene tus sentíos cabales. ¿He quedao yo pa tí?

CRIADO Oye... ¿Qué tengo yo, niña? Fíjate bien en mi tipo (*pasea la escena y se da garbo*). No soy mal parecío, andando me confunden con un aristócrata. ¡Y que no soy naide cuando salgo a la calle! Toas las mocitas y hasta las casá, me miran, y si son las vecinas de enfrente, no digo ná.

CRI. ¡Josú! y que tonto. ¿Tú no te has mirao nunca en un espejo?

CRIADO To los días.

CRI. ¿Y no te ha asustao?

CRIADO Yo no.

CRI. Po fíjate bien, que de feo que ere y raro te confundo con el chucho; como que ere el bicho que pasa por criatura.

CRIADO Maldito sea... no me digas esas cosas más, que me lo voy a creé. Si yo sé que tú tienes que se pa mí, como tu también lo sabe.

CRI. Si yo supiera que pa casarme tenía que se contigo me metía a beata.

CRIADO Y yo me jacía enfermo crónico en el Hospitá que tú estuviera. (Suena el timbre de la casa.)

CRI. Los señores llaman. (*Mutis por el foro.*)

CRIADO Al fin y al cabo me conformaré con tó lo que me diga este pimpollo, hay que sé consecuente. Totá, me voy a la cuadra a cuidá la jaca y fumarme el puro del señorito. (*Mutis puerta foro.*)

ESCENA VII

VIZCONDE, ENCARNA y CRIADA

CRI. (*Entrando, detrás el Vizconde, puerta foro.*) Espere el Visconde, voy avisarle a los señores. (*Mutis por la misma.*)

VIZ. No me recibirán hoy como acostumbran. (*Se quita los guantes.*) Así gusta más, que sea ella la

primera en entrar y la sorprenderá mi presencia. Estoy resuelto a revelarle lo que consigo llevo, dentro de mi corazón. ¿Cómo le sentará? Ya veremos, seguramente ante la caballerocidad de un Vizconde no habrá tituveo, además soy el apropiado para estas clases de conquistas. Paréceme oir pasos. ¿Será ella? ¡Oh/ sí. Que musa para sentirse poeta. ¿Como pensar que esta reina, esté enamorada de ese inbécil de Raimundo? Y tanto tiempo como llevo consentido que sería mía. ¡Buen desengaño/ Además... sus padres me dicen que frecuente la casa, que ellos harán todo lo posible para que olvide a ese hombre. En una palabra; me aseguran el triunfo. Sé que fuí un tonto con dejarlo dormir como cosa mía, y cuando ya quise se descubre el misterio con Raimundo. ¡Bien nos hacían el papel/; pero, no importa, trabajemos el asunto.

ENC. *(Entrando.)* ¡Ola! Vizconde; no creía que usted estuviera aquí. *(Saluda con desagrado.)* ¡Digo/ ¿Y solo? ¿Cómo es eso?

VIZ. La criada me hizo llegar hasta aquí, y dijo iba a pasar recado a sus padres. Mientras tanto... ¿Y de su enfermedad, qué tal?

ENC. *(Sin importancia.)* Regular... muchas gracias. Siéntese (indicándole.)

VIZ. Gracias (sentándose). Me estraña en usted que ese Raimundo, sea motivo de su enfermedad.

ENC. Señor ,Vizconde, usted se engaña. ¿Cree usted quizás que es él? No señor, son los que se oponen a ello.

VIZ. Por supuesto, que yo tampoco la dejaría. Entienda bien, encantadora Encarna, es un pecado, que la reina de la belleza como es usted, también hija de padres nobles, se una a ese hombre, que gracias a vosotros es hoy rico, y después de querer arrastrar con usted, se mantiene en ser un re-

voltoso en contra de la aristocracia. ¡Ya le conozco bien!

ENC. (*Se sienta.*) Le vuelvo á repetir, señor Vizconde, que usted se engaña si lo conceptúa como revoltoso. Sois los que hacéis de la vida un circo; un juguete de los humanos; del dolor un teatro. Y perdone si le molesto en algo.

VIZ. No, nada; me encanta su amor propio. Creíame que en el transcurso del tiempo que lleváis en completa incomunicación, hubiese usted variado en algo.

ENC. ¿Cree usted que dos personas que se quieren, al alejarse no aumenta grado por grado ese cariño? ¡Como se conoce que el Vizconde nunca ha amado!...

VIZ. (*Dándole importancia.*) Señorita Encarna, usted me obliga a sacarme palabras del corazón.

ENC. (*Dándese cuenta.*) Luego entonces ¿nunca ha hablaba usted con el corazón?

VIZ. Que yo sepa, siempre me he servido de la boca.

ENC. La boca sólo la emplea para mentir.

VIZ. (*Acercándose, intenta cogerle la mano.*) El corazón lo dejé para usted.

ENC. (*Retirándose.*) ¡Cuidado! Poco a poco, señor Vizconde, que no soy niña que se le enreda en el velo de la ignorancia. ¿Cree usted quizás que ignoro cuales son sus propósitos al venir hasta aquí, y de que la tardanza de mis padres es por lo mismo? ¡Ja, ja, ja! (*ríe*). La cabeza se me va del dolor que tengo; pero el caso me hace reir. ¡Pobres de mis padres y pobre de usted mismo!...

VIZ. ¡Señorita, Encarna!... usted se burla de mí.

ENC. No es burla, solo es que al tratarse de un señor de su categoria... nunca debió haber pensado semejante locura. Tampoco dudo que habrán sido mis padres quienes mayormente le habrán insistido en que usted me ofreciera el amor. No, señor

Vizconde, ya pertenezco a otro hombre, quizás menos guapo, tal vez... mas cruel, rico muy poco, pero mi corazón lo tiene él.

VIZ. (*Mordiéndose los labios de indignación; levantándose.*) ¿Con qué derecho se ha apropiado ese hombre de tan hermoso corazón?

ENC. (*Con naturalidad.*) Con el que tiene; por que se lo merece.

VIZ. En ese caso estoy yo antes que él, y a tener derecho también me corresponde, por nuestra sangre.

ENC. Para el Vizconde, así será; pero yo tengo entendido que para amar no existen leyes ni derechos.

VIZ. Sus palabras despiertan en mi un vivo interés. Ahora más que nunca desearía estar siempre a su lado, para que me hablase así, de amor firme y verdadero; pero que fuese conmigo, (*vuelve a acercarse*) para sentirme orgulloso (*más cerca*). Sí, orgulloso y feliz. ¿Verdad que lo seríamos, preciosa Encarna, si usted lo quisiera? (*Intenta abrazarla.*)

ENC. (*Retirándose.*) Dará usted lugar a que me retire.

VIZ. Muy bien, señorita Encarna. Ahora todo paréceme ensueño. ¿No es triste el pensar que un hombre como ese haya podido cautivar a una mujer de mi igual?

ENC. No es sueño; todo es realidad.

VIZ. Pues si así es, sólo me resta decirle, que me veo obligado a retirarme, no para siempre, sino con propósito de volver a insistir cuando pase más tiempo, cuando ya haya podido olvidar, o se vea obligada a olvidar y quererme.

ENC. Lo que se propone usted, no es digno de caballero, señor Vizconde.

VIZ. (*Con burla.*) Gracias.

ESCENA VIII

DICHOS y MARGARITA

MAR. (*Entrando. Viste elegante traje.*) Señor Vizconbe, ¿usted aquí? (*Saludando.*)

VIZ. ¡Ola!, Margarita.

MAR. No hay quien le vea, está usted muy perdido. ¡Ah! continúo mi camino.

ENC. ¡¡Quédate!!

MAR. (*Se ollen risas por dentro.)* ¡Callen! Ya están ahí. (*Se asoma puerta foro.*) ¡Ay! que monísimas vienen ustedes.

ESCENA IX

DICHOS, SOLIS, TERESA, JULIA Y ALFREDO

SOL. (*Desde el dintel de la puerta.*) Pues, anda que tú... *Entran todos.*)

TER. Señor, Vizconde. (*Saludándole.*)

SOL. (*A Encarna.*) Mi amiga, Encarna. *(La besa y saluda al Vizconde.*)

JUL. (*A Encarna.*) Queridísima amiga, ¿que tal de tu enfermedad? (*La besa, y saluda al Vizconde. Alfredo, saludará a Encarna y al Vizconde.*)

TER. Vizconde... (*mientras tanto conversan los demás.*)

VIZ. Señora.

TER. Perdone nuestra tardanza en recibirle, nos preparábamos para la recepción, cuando la criada nos pasó recado.

VIZ. ¡No faltaba más! Cuando se trata de amistad íntima...

TER. Así lo vemos todos. Quiero decirle que le concideramos de la familia.

VIZ. (*Con sonrisa fingida.)* Gracias, señora.

JUL. Sí, mamá, ya nos lo advirtió.

SOL. Como que nuestra mamá, sólo le hacía falta el haberse enterado.

ALF. Y con el geniecito que nos gasta.
SOL. Estás insoportable.
ENC. Es como todas las madres.
JUL. Nó, Encarna, tú no la conoces bien.
MAR. Bueno, como no ha de acompañarnos, podremos todos aprovechar bien el tiempo.
ALF. ¿Porque no viene usted, Encarna?
ENC. (*Sonriendo.*) Me lo impide el estado de mi salud.
JUL. Hasta ahora no me he percatado bien de lo que habrás querido a ese hombre.
ENC. Y aun le sigo queriendo.
SOL. Hay que ver como te estás quedando.
MAR. Yo nunca la he visto así.
TER. (*Al Vizconde, que estará conversando con él.*) ¿Nos acompañará usted?
VIZ. ¡Oh, sí! (dirigiéndose a Solis, Julia y Margarita.) Ante tanta belleza y simpatía, soy el primero en adherirme a vosotras.
SOL. Gracias, Vizconde.
JUL. Se le agradece la frase.
MAR. Siempre igual, señor Vizconde.
VIZ. Yo nunca varío, querida amiga.
TER. Bueno, cuando ustedes quíeran, que la hora se acerca.
ALF. ¿Y Don Julián?
TER. Dejó dicho que se uniría a nosotros al pasar por el casino.
SOL. Pues, marchemos.
ALF. Hay tiempo sobrado, todavía son las dos.
MAR. Es que tenemos que ir por las de Muñoz.
VIZ. Sí, marchemos lindas princesas. (*Se disponen todos a salir, se despiden de Encarna. La criada estará en la puerta.*)
VIZ. (*A Encarna.*) ¿No se aburre usted quedándose tan sola.
ENC. No señor, la soledad me encanta.
VIZ. Está bien. Hasta luego. (*Mutis.*)

ESCENA X

ENCARNA y CRIADA

ENC. (En la puerta) ¡Cuanto deben gozar! Que felices. ¿Por qué al pensar en mi situación lloro? ¡Sí, lloro! (Se enjuga las lágrimas. La criada entra.)

CRI. Señorita, ¿está usted llorando?

ENC. ¡No...!

CRI. Pobre, señorita, usted sufre mucho.

ENC. Quisiera ser pobre, para ser libre.

CRI. Lo creo, señorita Encarna. Los pobres, es lo mejor que tenemos, que queremos a un hombre y no miramos los intereses, sino el cariño.

ENC. Y para que desear más.

CRI. Pues yo digo mi verdad, señorita, que yo no estaba así, queriéndola como la quiere el señorito Raimundo, /jen!... ¡Cualquiera me iba a mí a hacer lo que con usted están haciendo!.,.

ENC. ¿Pero tu sabes que me quiere?

CRI. Pues digo, no lo voy a saber. No por que sepa lo que dicen las cartas, que a usted le traigo, sino que, cuando el señorito Reimundo me entrega las cartas, le entra una cosa por el cuerpo... (haciendo movimiento como flojear de nervios) y eso es de lo que la quiere. Yo se lo digo a usted y no me equivoco.

ENC. (Aparte.) ¿Será verdad todo cuanto me dice? (Alto.) ¿No te habla nunca él?

CRI. Sí, señorita, y que hay que ver lo simpático que es. ¡Me dice cada piropo!

ENC. (Sonriendo.) Oye, haber si me lo quitas.

CRI. (En serio.) No pierda usted cuidado, que todo es en broma.

ENC. Ya lo sé, mujer, no te pongas seria.

CRI. (Con alegría.) Señorita, yo me voy con ustedes a donde... (Mutis.)

ENC. Vomos, no seas loca.

ESCENA XI

ENCARNA y DON ANDRES

AND. ¿Donde va tan deprisa la muchacha? Que sangre mas viva tiene esta Lolita.

ENC. Es muy buena la pobre.

AND. (*Sentándose.*) Eres hija, la mocita mas rara que existe, debiste haber nacido cuando Cervantes, para haberte hecho protagonista en algunas de sus obras.

ENC. (*Echándole el brazo.*) Rara, ¿porqué?

AND. No te pareces en nada a nosotros. Tú tienes que tener historia.

ENC. ¡Y tan grande!...

AND. Dilo de una vez todo lo que en tí ha pasado. Conozco tu dolor, pero desearía saber más...

ENC. No sea usted exigente.

AND. ¿No te atreves a decírmelo? ¿Tienes mejor confidente que tu abuelo?

ENC. ¡Oh!... no; ninguno.

AND. Entonces ¿porque no me lo cuentas?

ENC. Es verdad...

AND Alma inocente y sencilla. ¿No es sacrificio, quizás, para tus padres, incluso para mí, el contrariar tus propósitos? En ello va tu bien.

ENC. No, abuelo, ¿usted cree que un hombre como Raimundo, que se ha criado en mi casa, que hemos jugado juntos, que desde muy pequeño le he visto ser muy formal, discreto como ningún otro, respetándome como niña que era y poniéndome como a una hermana, pueda olvidarlo, después de quince años de amistad contínua, así tan facilmente? ¡No! (*Enérgica.*) Me costaría la vida.

AND. Pero hija, la gente...

ENC. No me importa lo que la gente pueda decir.

AND. (*Conmovido.*) Calla, mujer...

ENC. *(Muy cerca.)* ¡Y el tiempo pasaba!... y mas enamorada estaba de Raimundo...
AND. ¡Oh!... Calla, Encarna! Tú deliras.
ENC. ¿Porqué, abuelo, se oponéis?
AND. (*Se levanta.*) Pero, hija...
ENC. *(Sigue cogida del brazo.)* ¿Verdad, abuelito, que Raimundo...? (*Mutis de los dos, puerta foro, lado izquierdo.*)

ESCENA XII

CRIADA, después, RAIMUNDO

CRI. (*Puerta foro.*) ¡Pobre biejo! la lleva del brazo; la quiere mucho. *(Se asoma puerta foro.)* ¡Eh!... ¿Qué veo? ¡Señorito, Raimundo! *(Entra Raimundo vistiendo elegantemente.)*
RAI. (*Poniéndole la mano en la boca.*) ¡Chs!... Baja la voz, o no mientes mi nombre, que pueden oirlo.
CRI. ¡Que valor! (*Mas bajo.*) ¿Pero el criado no le ha visto?
RAI. Nadie. ¿Y Encarna?
CRI. ¿Pero quién le ha abierto la cancela?
RAI. Te digo que nadie. ¿Y Encarna, donde está?
CRI. En el jardín, con su abuelo.
RAI. Haber si con disimulo, como mejor puedas, logras que el viejo siga en el jardín, y, Encarna, venga hasta aquí.
CRI. Trabajillo me va a costar, pero vamos... (*Mutis, lado izquierdo del foro.*)
RAI. Anda, guapa, a ver como te portas. (*Se sienta.*) Esperemos. Si ahora le da ganas al viejo de venir tras ella... (Corta pausa, que dará lugar a encender un cigarrillo, fuma.*)* ¡Qué ganas tengo de verla. Dos meses así, hablándonos por cartas. Hoy soy feliz, he de verla otra vez en mis brazos.

ESCENA XIII

Dichos, ENCARNA y CRIADA

ENC. (*Entra foro, detrás criada.*) ¡Raimundo!

RAI. (Se levanta y emocionado la estrecha entre sus brazos.) ¡Mi Encarna! Cuanto tiempo sin verte así de cerca, tan juntos como ahora.

ENC. Y cuantas horas tristes y amargas.

REI. No te importe, figurémosnos que nada ha pasado y aprovechemos bien estos cortos minutos. No me cuentes nada de lo que te haya ocurrido, todo lo se, sería malgastar el tiempo.

CRI. Bueno, yo me voy; aquí ni pincho ni corto.

ENC. Lola, vigila.

CRI. Descuiden, que avisaré a tiempo si es que alguien llega. (Mutis, puerta foro.)

RRI. (*Con ternura.*) ¿Cuándo llegará ese día que pueda decir con orgullo ¡sólo eres mía!

ENC. Puedes decirlo cuando quieras, ya sabes que solo te pertenezco y que seré tuya toda la vida.

RAI. No, Encarna, todavía no puedo decir que eres mía, mas tarde sí, quizás muy pronto si es que logramos triunfar. Si me sigues ayudando con las mismas fuerzas que hasta ahora, entonces sería cuando podría decirte ¡sólo eres mía! (La besa.)

ENC. ¡Raimundo!

RAI. ¿Que te pasa? ¿Acaso te averguenzas? No temas, nadie nos ha de ver

ENC. ¡Quién sabe!

RAI. Vamos no seas tonta, escucha tranquilamente y con sosiego lo que he de decirte. ¡Ríete de lo demás!

ENC. Di cuanto quieras, siempre te he escuchado.

RAI. Así quiero verte, como antes, queriéndome mucho, desechando vanos temores que pasan por tu mente, no seas nunca niña, sé fuerte como yo te enseñé, como yo te quiero más.. ¡Ahora, me pa-

reces mas bella que nunca! ¡Tengo más sed de tu amor!

ENC. ¡Oh! mi Raimundo ¿Como te has atrevido llegar hasta aquí? Si mis padres supieran... tengo miedo, miedo de que nos vean. *(En la puerta foro, mira a un lado y a otro.)*

RAI. (Se acerca a ella.)No tengas miedo mi vida, que el que está a tu lado, soy yo, tu Raimundo, aquel muchacho que tanto jugó con tigo por estas habitacíones, v el que después, cuando ya fué hombre... (Con ternura.) ¡Te quiero, te quiero y te seguiré queriendo! ¡Sí! mucho, de verdad, como tú a mí. ¿No es así Encarna?

ENC. Sí.

RAI. Que feliz soy en estos momentos- Sé que no me has olvidado y me encuentro a tu lado para no separarme nunca.

ENC. (Asustada.) ¿Qué dices, Raimundo?

RAI. Lo que oyes, que vengo resuelto a todo.

ENC. (Sentándose en el diván.) No sigas... Márchate... Me siento peor.

RAI. (Sentándose a su lado.) Me sería imposible, tu vida se va marchitando poco a paco, sin que tus padres se den cuenta, y soy yo el que por tí debo velar. Sí... por tí, ¡mi Encarna! ¿No recuerdas lo mucho que nos tenemos hablado? ¿No recuerdas aquellas palabras que en este mismo sitio, antes de ser descubierto, nos decíamos? Aquella mujer que quería al hombre de su agrado, la que no conocía distinciones de sociedad (*muy juntos)*, la que comprendió la vida, la verdadera vida desconocida por tantos y tantos...

ENC. ¡Raimundo!

CRI. (Asomada puerta foro.) ¡Señorita! ¡Señorita! el Vizconde, el Vizconde.

ENC. (Levantándose.) ¿Ha entrado?

CRI. No, antes he venido avisar.

ENC. ¿Qué hacer?
RAI. No te importe que me vea.
ENC. Eso no, mientras podamos evitar... Ocúltate en mi cuarto, hasta ver a qué viene.
RAI. Serás fuerte. Si es preciso...
ENC. ¡Sí! (Mutis de Raimundo, puerta izquierda.) Ve y ábrele. (La criada hace mutis, puerta foro).
ENC. ¡Valor!...

ESCENA XIV

ENCARNA, VIZCONDE, mas tarde, RAIMUNDO

VIZ. Creí no encontrarla en el mismo lugar de la casa, la hacía en el jardín. De allí precisamente vengo, y al ver a su abuelo, antes de que pudiera verme, he corrido para sorprenderla en la soledad, así no será testigo de lo que hablemos, nada más que el que está en lo alto y nosotros.
ENC. No vaya usted a equivocarse.
VIZ. ¿Acaso le acompañan?
ENC. Nó, pero pueden llegar.
VIZ. ¿Su abuelo? Son todos de mi parte, él más que ninguno.
ENC. Señor Vizconde, diga de una vez lo que pretende al entrar en mi casa, en este monento donde todos se hallan fuera de ella.
VIZ. De más lo sabe usted, hace una hora precisamente, al despedirme de usted, le dije que volvería a insistir cuando pasara cierto tiempo. Ya sabe usted lo que pretendo, lo mismo de siempre. Vengo implorando su cariño, vengo a suplicarle me quiera, y, vengo también, resuelto a si no soy correspondido, robarle el corazón. (*Acercándose, trata de abrazarla.*)
ENC. (*Alejándose.*) ¡Señor Vizconde! ¡Aléjese de esta casa/ ¡Quítese de mi vista!

VIZ. ¡Hola! conque me desprecias. (*Con risa de burla.*) ¡Já, ja, ja! Su casa es mi red. Sería vergonzoso para un noble como yo, el no triunfar sobre su amor. Pero sí, eso le pasará pronto. Tú sabes que soy yo el futuro dueño de tu alma entera. ¿Es que quieres hacerme sufrir? No me martirices, háblame tal como sientas. *(Acercándose más.)* Si yo se que guardas un pedazo de tu corazón, para quererme. (*Más se acerca.*) ¿Es verdad que sí? (*Ella impasible se resiste.*) Anda, habla. (*Trata de abrazarla.*)

ENC. ¡Vizconde! no vuelva usted a insistir.

VIZ. Pues ahora, ha de ser cuando he de robarte lo que me niegas. (La coge, trata de abrazarla. Ella se opone y se resiste. Luchan.*)* Sí, déjeme que te bese; sólo has de ser mía. No es posible que quieras a ese Raimundo. (Sale Raimundo, coge del brazo al Vizconde, y energicamente, le habla.*)*

RAI. Poco a poco, señor Vizconde, que hay quien la guarde.

VIZ. (Sorprendido.) ¿Eh? ¡Qué veo! ¿Usted aquí? Usted en esta casa y en esa habitación.

RAI. (Confiado de sí.) Ya lo ve usted, dentro de esa habitación (indicando) para observar hasta el extremo que llega la moral y la educación del hijo de los Vizcondes del Palmar. ¿Todo esto es el respeto que guarda a esta casa?

VIZ. Cuidado con lo que usted habla, Raimundo.

RAI. ¿Porqué será tan amarga la verdad? (*Dirigiéndose a Encarna.*) Y tú no temas nada, mi Encarna.

ENC. (*Medrosa.*) ¡Raimundo!

RAI. Que si este ssñor, está dedicado a mutilar todas las flores del jardín del amor, hubo de llegar un día que un jardinero le sujetase en cierta flor.

VIZ. Luego esta mujer ¿le pertenece?

RAI. Que ella se lo diga.

VIZ. No es tiempo oportuno para tratar de esto, mas

tarde le hablaré despacio y le diré que el amor de Encarna no tiene poseedor y que al tenerlo lo sería una figura de la nobleza, un caballero como yo.

RAI. No, señor Vizconde, va usted por mal camino, eso nunca podría llegar, el amor de esta mujer me pertenece, toda ella es mía, mía sola. ¿Lo oye usted bien?

VIZ. No continúe... o le descubriré.

RAI. ¡Ja, ja, ja! (riendo) Descubrirme ¿de qué? ya es tarde, señor Vizconde, porque todo el mundo sabe que nos queremos, y dentro de poco sabrán que nuestro amor ha triunfado.

VIZ. ¿Que decis, Raimundo?

RAI. ¡Lo que oís!

ENC. Vizcode, por favor, abandone pronto esta casa.

VIZ. (Azorado.) Dios mío. (Aparte.) Nadie llega *(alto)* ¡No le dejaría!

RAI. *(Cogido del brazo de Encarna.)* Has oído lo que ha dicho, un señor que yo ignoraba sus pretenciones... Encarna, un automóvil nos espera en la puerta, ha llegado la hora de que me digas si me quieres.

ENC. ¡Con toda mi alma!

RAI. Pues, a él vamos. *(Disponiéndose a salir, acercándose puerta foro, el Vizconde intenta impedirlo; el teléfono suena muy de prisa.)*

VIZ. ¡Encarna, por tus padres! *(Encarna está intranquila, casi sin saber lo que hacer.)*

RAI. Señor Vizconde, ¿que intenta?

VIZ. *(Energicamente.)* ¡Cumplir con mi deber!

RAI. Luego si es cumplir con su deber, apartaos pronto de esa puerta, que esta mujer y yo salgamos. Ya ve usted, lo que no puede la opulencia y el dinero, fácilmente lo logra un hombre cualquiera que lleva un corazón para amar y comprender y para saber triunfar sobre todos los obstáculos que se interpongan en su camino.

ENC. ¡Raimundo! ¿No me abandonarás?

RRI. ¡Nunca, mi vida! Salgamos pronto *(fuera de escena.)* El amor triuufa. (*Mutis de este y Encarna, ligeros puerta foro. Continúa el teléfono llamando al Vizconde. Queda un momento perplejo y se dirige al aparato.)*

VIZ. ¿Con quien hablo?... ¡¡Sí!! Ahora mismo sale con él. (*Se oyen dentro voces de los criados. Suena la bocina de un automóvil. Vizconde se aparta del aparato y se deja caer en un sillón.*)

TELON RAPIDO

Acto último

La escena representa ser un comedor elegantemente presentado; lateral derecho, una grandiosa ventana que dá al jardín de la casa; lateral izquierda, dos puertas que sirven de entrada a los gabinetes.—Foro, puerta de entrada y salida.—En el centro una mesa grande; en ella habrá un jarrón de flores.—En los ángulos del foro, maceteros y varias sillas y demás utencilos apropiados.

La acción en Córdoba.—Cinco años después de los anteriores actos.—En escena aparecerá Encarna y Patro, haciendo labores de la casa.—Patro estara de pie mirando por la ventana.

ESCENA PRIMERA

PAT. Eres feliz, querida Encarna.
ENC. He logrado ver mi sueño realizado.
PAT. Bastantes disgustos ha costado.
ENC. Lo único que me roba la alegría, es el recuerdo de mis padres.
PAT. Vamos, Encarna, ya vendrán aquí.
ENC. ¡¡Sí!!... ¿Tú sabes algo?
PAT. No, nada; pero...
ENC. Ni pensar quiero, la noche que fuimos a pedirle nos perdonara. Nos decía: "Vete donde no te vea ni yo sepa donde te has metido. ¡Renuncia de que tienes padre!" Aquel Vizconde...
PAT. Es el primer calavera del pueblo.
ENC. Sí, lo creo, sí. ¿Y de mí se acuerdan?
PAT. Ya lo creo que se acuerdan: todo el pueblo.
ENC. ¡Que graciosa eres, Patro!

ESCENA II

DICHOS, JULIO, seguido de la criada, que traerá la maleta de éste

JUL. *(Desde la puerta.)* ¿Se puede pasar?
ENC. *(Sorprendida.)* ¡Ola! Julio, ¿tú por aquí?

JUL. (*Saludándola.*) ¿Qué tal, Encarna?
ENC. Muy bien. ¿Qué dicha te trae?
JUL. Unos diitas que voy a pasar a vuestro lado.
ENC. ¿Seguirás como siempre, con tus diabluras?
JUL. No. Bueno ¿y tu hija y mi hermano?
ENC. Tu hermano tardará poco, Lali, qui záz estará en el jardín.
JUL. Esta señorita, quiero conocerla.
PAT. (*Que habrá permanecido de pie.*) Soy atigua amiga de Encarna, Patrocinio Fernández.
JUL. (*Saluda también.*) Ya me lo figuraba.
ENC. Ha venido a Córdoba ¿y no iba a llegarse siquiera a saludarnos?
PAT. Siento mucho irme sin ver a Raimundo.
ENC. No sabe que tiene en casa tan agradable visita...
JUL. (*Corta pausa.*) Tengo que darte una noticia...
ENC. ¿De verdad? ¿Te casas, quizás?
JUL. ¡Quía! mujer. No pensemos en semejante atraso.
PAT. ¡Qué hombre este! ¿Casarse es un atraso?
JUL. Pues ya lo creo, señora.
ENC. Tú no conoces bien a este pollo, amiga Patro.
PAT. Como todos.
JUL. Cuando la señora habla así...
PAT. A Encarna, la envidio.
JUL. Vamos, vamos. (*Fijándose en el jardín, por la ventana.*) Hola, allí está mi sobrina, Lali. Voy corriendo a besarla. Con vuestro permiso. (*Mutis, puerta foro, lado izquierdo.*)
ENC. Anda hombre, anda.
PAT. Buen humor tiene tu cuñado.
ENC. Pues le tengo lástima, porque es un hombre que no se ocupa de nada, hasta que gaste la última perra de su capital.
PAT. ¡Que diferencia tan grande de hermanos; ¿verdad?
ENC. Y tan grande.

PAT. ¡Ay! amiga, Encarna, perdóname, pero me tengo que ir. Nos quedaremos esta noche en Córdoba, y con eso mi esposo podrá saludaros.
ENC. Oye, sí. Mira, vas, le dices a tu Paco, que quedáis convidados a comer. ¿Qué te parece?
PAT. Pero, mujer...
ENC. Nada, nada, que os venís a la una.
PAT. Si... (Disponiéndose a salir.)
ENC. No hay que dudarlo. ¡No faltaba más!
PAT. (*Besándola.*) Bueno, hasta luego. (*Mutis foro.*)
ENC. Adiós, que no tardes mucho.
ENC. (*En la puerta foro.*) Todos me dicen que soy feliz,y tienen razón.(Entra Julio por el mismo lado.)
LUL. No hay medio de traerla, se ha encaprichado con los palomos y no quiere venir.
ENC. ¿Que tal la encuentras, Julio?
JUL. Hay que ver la salud que tiene. Y de bonita.,. ¡eche usted! (Corta pausa. Resentido.) Debe ser muy bonita la vida de casados. ¿Verdad, Encarna?
ENC. Queriéndose, la mejor.
JUL. Pero son tan pocas las mujeres buenas.
ENC. Nosotras somos el barro, y ustedes los escultores. Mira tu hermano.
JUL. ¡Ah! mi hermano...
ENC. Sí, tu hermano, el loco. ¿Y la hija de Ana?
JUL. Dejemos esta conversación.
ENC. ¿Te molesta, verdad?
JUL. No... pero... para que sirve recordar...
ENC. Lo que ha pasado. ¿No le quedó un hijo?
JUL. (*Sin importancia.*) ¡Qué se yo!
ENC. (*Indignada.*) ¡Así contestáis los que no sabéis querer!
JUL. Te engañas, por completo.
ENC. (*Enérgica.*) No tengas esa vileza, Julio.
JUL. O cambias de hablar, o...
ENC. Calma, Julio.
JUL. Es que si me supones malvado, te equivocas, Encarna.

ENC. Entonces, lo bonito, después que arrebataste su alma, es abandonarla.
JUL. Y sin probar su alma, ¿como iba a saber que era fuerte?
ENC. No olvides aquellos versos que dicen:

Es de vidrio la mujer
Pero no se ha de probar
Si se puede o no quebrar
Porque todo podrá ser.

JUL. *(Indiferente.)* ¡Pchs...! yo la quiero de roca (*levantándose*)
ENC Así marcha la humanidad.

ESCENA III

DICHOS, y RAIMUNDO, JUANA, madre de la criada y LALI, todos puerta foro.

RAI. ¿Tú por aquí? ¡querido hermano! (*Se abrazan.*)
JUL. Ya ves, como no te olvido. ¡Lali! Soy tu tito, Julio.
RAI. Si no la vez desde hace tres años.
JUL. (*Viendo a la criada.*) Toma, si está aquí la ma dre de Lola. ¿Que tal, señá Juana?
JUA. Bien ¿y usted?
JUL. Tan bueno, mujer...
JUA. ¿Y de sus diabluras?
JUL. He variado por completo. (*Suelta a la niña y le da una moneda.)* Para que te convides.
LAL. ¡Ay, que tito más bueno! ¿Cuando vienes otra vez? *(Ríen todos.)*
ENC. Cuidado, Lali.
RAI. Es muy pequeña, y no sabe lo que se dice.
LAL. Verá usted, papaíto: voy a comprar una caja de bombones y bizcochos marroquíes, que son muy ricos.
JUA. ¿Y los pasteles?
JUL. A ver si te pones mala con el dulce
LAL. Que llamen al médico

RAI. Mira, no seas desvergonzada, Lali. (*Ríen.*)
ENC. Es una monería. Ven con mamá.
JUL. ¡Que felicidad la vuestra!
RAI. Cásate, y así podrás tener lo que deseas.
JUL. Es preciso dé con una mujer que sienta por ella...
RAI. Eres un loco. No se cuando acabarás de convencerte.
JUL. Lo sé, hermano. ¿Y qué hacerle? Soy un necio, un malvado. No tengo cariño ni respeto a nada.
RAI. Debiste ser como yo.
JUL. Me fué imposible.
LAL. ¿Por qué hablan así tan serios, mamá?
ENC. *(Besándola.)* Porque sí, hija mía. (*A la criada.*) Usted, Juana, diga a su hija que tenemos tres huéspedes más para la comida. Oye, Raimundo, aquí ha estado Patro, que ha venido a Córdoba, con su esposo.
RAI. ¡Caramba! ¿Si? ¿Y ya se han marchado?
ENC. Si tenían mucha prisa; pero, como vino sola aquí, dijo que volvería con su esposo, y yo, le he dicho que se viniesen a comer con nosotros.
RAI. Muy bien pensado.
ENC. (*A Juana.)* Ya lo sabe usted, puede continuar.
JUA. Muy bien, señorita. (*Mutis, puerta foro.*)
RAI. Dispón que nos sirvan una buena comida.
ENC. *(Disponiéndose a salir.)* Todo estará a tiempo. Vamos hija.
LAL. ¿Viene abuelita?
ENC. (*Resentida.*) Hoy no, otro día, vida.
LAL. ¿Por qué? ¡Míralo! si no me quiere...
ENC. Sí te quiere; ya verás... (*En la puerta foro.*)
LAL. (*Llendo hacia su padre.*) Un beso, papaíto.
RAI. Si hija. Y, a tito Julio.
LAL. No me acordaba. (Le besa.)
JUL. Ven, bonita, no hagas eso conmigo.
LAL. ¿Usted no tiene niña, tito?
ENC. (Comprendiendo.) Vamos hija. (Mutis de esta

y Lali, puerta foro.)

RAI. Bien está, hermano mío, siéntate y charlaremos.

JUL. Ya hace algún tiempo que lo deseaba.

RAI. Cuéntame algo de allí.

JUL. ¿Qué quieres que te cuente, Raimundo? Todo está igual, tan tranquilo. Tus padres políticos, como si no nos hubiésemos conocido. ¡Que familia mas hipócrita!

RAI. De ellos no me hables siquiera. Cuéntame de tu vida, de tus propósitos.

JUL. De aquí, parto para Barcelona y después... quién sabe; quiero cambiar de aire y ver si también mi suerte... porque allí la vida se me hace imposible.

RAI. ¡Te creo!...

JUL. ¡Raimundo! no me hables en ese tono.

RAI. ¿Crees tú que no pesa sobre mí, que esa pobre mujer, por tu culpa, viva para el mundo deshonrada? Eres mi hermano, y debo evitarlo.

JUL. ¿Como?

RAI. En vez de continuar a Barcelona, ve en busca de élla y ámala, con igual frenesí que antes. Irás ¿verdad? (Corta pausa.)

JUL. Nada puedo responderte. (Alto.) Mira hermano... (Corta pausa.)

RAI. Luego, entonces te niegas a dar tu nombre al hijo de tu sangre, abusando de la debilidad de una mujer.

JUL. No; porque fué calmar una ilusión.

RAI. Calla, no sigamos; alguien viene.

ESCENA XI

DICHOS, JUANA, y LOLA. Estas traerán un mantel, plotos y cubiertos, y prepararán para la comida.

JUL. Se está poniendo, Lola, muy hermosa. ¿Tienes covio?

LOL. Si señor, y con mas planta... que el gran Capitán.

JUL. Vaya, mujer, que sea para bien.
LOL. Muchas gracias, señorito.
RAI. (*A Julio.*) Oye, ¿te parece que demos una vuelta por el jardín?
JUL. Como te parezca. Vamos.
RAI. Juana, le dices a Encarna, que estoy en el jardín.
JUA. Se hará, señorito. (*Mutis Julio y Raimundo, puerta foro, lado izquierdo.*)
LOL. Que felices viven. Si me saliera todo lo que he soñado.
JUA. ¿Qué has soñado?...
LOL. Que era madre de una hijita tal como Lali.
JUA. ¿Y lo demás?
LOL. Ya ve usted, serían padrinos de mi boda los señoritos. Casi ná, la madrina de mi hija, la hija de un Conde. Ya ve usted, las gentes que voy a meter en la familia.
JUA. Hija, preparas la vara antes que el burro.
LOL. Bueno, mamá, me callaré.
JUA. Anda, anda, no seas loca. Ya está preparada la mesa. (*Suena el timbre.*) Anda, Lola, y abre, en la cocina estoy. (*Hacen mutis, puerta foro.*)

ESCENA V

LOLA, PATRO, y PACO, puerta foro

PAT. ¿No ha llegado el señorito, Raimundo?
LOL. Sí, señora; voy a pasar recado. (*Mutis.*)
PAC. (*Paseando por la escena.*) Caramba, caramba, pues sí que se ha montado bien este chico, y lo creíamos loco. ¡Vaya con el loco!
PAT. Cuando sobresale algún hombre de talento de entre su igual, en seguida, si no está loco, está tonto.
PAC. Por mí no lo dirás.
PAT. Antes de llegar Raimundo a colocarse en su sitio, eras el primero que combatías.

PAC. Vamos... no digas tonterías, siempre lo consideré como un joven de espíritu fuerte. Ha sido siempre un muchacho razonable.

PAT. No llego a comprender, como podéis hablar bien de quien antes desgarráis su alma. Y luego dicen que nosotras las mujeres.

PAC. Me ofendes al hablar así.

PAT. Te ofendo, ¿verdad? Tu tienes la culpa. Claro tú como te avienes a las circunstancias.

PAC. Mujer, cuando había que buscar alimentos para la máquina, me convenía ir al lado del Conde; hoy como ya están medio arruinados, al lado del que empieza a subir.

PAT. No me convences. Yo quisiera tener en tí un alma y un corazón como el de Raimundo, que me reconocieras en lo moral y no en lo físico. Eso es lo que yo soñaba siempre.

PAC. ¿De verda, rica? ¿Es que quieres que te eleven? Pues súbete al tejado, a ver si te entra el vértigo de las alturas, te caes, te matas, y, al otro día, verás como tu nombre será conocido por todas partes, por los periódicos.

PAT. ¡Qué gracioso! *(Llorisquea de coraje.)*

PAC. *(Acariciándola.)* Patro... rica mía, mi querubín. Vayan a entrar, y ya vez que papelito.

PAT. Todo esto lo aguanto mirando lo quc miro.

PAC. Estos escandalitos en casa extraña...

PAT. Me callaré; puede ser que te pese.

PAC. ¿Por qué?... nenita mía...

PAT. ¡Sigues pitorreándote!...

PAC. Calla, que alguien llega.

PAT. ¡Que calle! Eso quisiera, callar de una vez..

ESCENA VI

Dichos y ENCARNA

ENC. Amigo, Paco.

PAC. Hola, Encarna.

ENC. Se agradece, queridos amigos.
PAC. Tengo ganas de saludar a Raimundo.
ENC. En el jardín está con Julio.
PAT. La criada llevó el recado.
ENC. Si ustedes quieren, pasamos al jardín.
PAT. No estaría mal.
ENC. Os acompaño. (*Hacen mutis, puerta foro, lado izquierdo.*) (*Encarna vuelve en seguida con Lali.*)

ESCENA VII

ENCARNA, LALI, LOLA y VIZCONDE

ENC. (*Con Lali.*) Ya verás que bonita te voy a poner.
LAL. Me ganaré muchos besos.
ENC. Te besarán. Y si eres buena, hablarán bien de tí. (Haciendo mutis.) (Aparece Lola en la puerta foro, seguida de el Vizconde del Palmar.)
LOL. Pase, el señor Vizconde, voy a pasarle la noticia a los señores.
VIZ. No, espera un momento. Dile a la señora, sólo a la señora, que espero.
LOL. (Haciendo mutis.) Ahoramismo, señor Vizconde.
VIZ. (Curioseando todo.) Bien, bien. Hermosa casa tiene, y todo con que gusto; es posible que vivan felices. (Meditando.) Dicen que está mas guapa que nunca. ¡Ah! debió ser mía, y sus padres no se verían en la situación que están; pero, este Raimundo ha tenido la culpa de todo. (Pausa y pasea.) Esperemos y bien pronto sabré si mis propósitos tendrán buen éxito. Cuando yo le cuente, de sus padres, para que su nombre no se vea rodando por los juzgados, no me negará lo que pida.
LOL. (Se presenta en escena, sin hablar palabra.)
VIZ. Y la señora ¿ha variado mucho?
LOL. La señora no la conoce nadie.
VIZ. (Corta pausa.) Y tú, ¿estás mejor aquí, que con sus padres?

LOL. Tanto mejor.

VIZ. No se escriben ¿verdad?

LOL. Creo que no. (Sale Encarna con dirección puerta foro.)

VIZ. Señorita, Encarna.

ENC. (Sorprendida.) ¡He! ¡Usted aquí, y solo!

VIZ. Sí; fué la criada a avisar. ¿Que tal? (Intenta saludar.)

ENC. No puedo. ¿Se atreve el señor Vizconde a tal osadía, después de lo que ocurrió?

VIZ. Señorita, Encarna. Creí que lo que ocurrió no suponía nada. Por eso hoy, aprovechando este viaje, me acordé de venir a saludarla y contarle algo de sus queridos padres. Me creo lo deseará, ya que nadie mejor que yo puede estar informado de su situación.

ENC. (*Azorada.*) ¿Qué les ocurre?

VIZ. No se alarme. Se lo explicaré.

ENC. Lo mejor sería llamar a mi Raimundo.

VIZ. No, es conveniente que no lo sepa nadie. La única que podría salvar a sus padres..

ENC. Si usted no termina pronto...

VIZ. No se ponga usted así. (*Se sienta.*)

ENC. Señor Vizconde, hable y diga cuanto sepa. (*Se sienta.*)

VIZ. Soy el mismo de aquellos tiempos.

ENC. Le suplico empiece. (*Levantándose.*) ¡Señor, Vizconde!

VIZ. Haga el favor de sentarse, que ya empiezo. Usted sabe y yo también, de que hace dos años se casó su hermana Margarita, con el hijo del general don Serafín, ingeniero.

ENC. Bastante amigo de usted, por cierto.

VIZ. Sí que lo es. Pues, no se lo que ha pasado. Lo cierto es que, en poco más de un año, todo su capital lo ha tirado.

ENC. ¿Todo esto es lo que el señor Vizconde tenía que decir?

VIZ. No, señora, ahora biene lo peor. Margarita, empezó por hacerse dueña absoluta de todo el capital, y está la casa de sus padres...
ENC. (*Afligida.*) ¿Qué dice usted?
VIZ. Que su padre vive por las muchas facilidades que le doy.
ENC. (*Llorando.*) No, no es posible, Vizconde.
VIZ. Y enterado de que el juzgado, de hoy a mañana, se verá obligado a desahuciarle... Ahí tiene usted pruebas evidentes. (*Saca un periódico y le indica que lo lea.*) Lea usted aquí.
ENC. ¡Pobres de mis padres! Y yo sin saber nada. (Corta pausa. Titubea y lee.) "Informados nuestros lectores de la decadencia de la fabulosa fortuna que dejó la Condesa de Vélez, a su segundo marido, y éste a su hijo, hoy, por dislocada cabeza de su yerno, el hijo del general don Serafín..." (Deja de leer, recobrando ánimos.) ¿Es posible? El hijo del general, ingeniero. (Llora y lee.) "Se ven en el peor de los estados. Se teme que el Juzgado de Instrucción proceda al desahucio, si el 25 a las seis de la tarde no ha satisfecho la contidad de 65.000 pesetas, para levantar la hipoteca de la casa que habitan, y 20.000, que el mismo tiene por demanda." (Suelta el periódico y queda anegada en llanto.)
VIZ. (Que ha estado de pie observándola.) Todo tiene remedio. Si usted quiere...
ENC. Ya es tarde...
VIZ. (Aproximándose más.) Todo está sujeto a mí...
ENC. Llamaré a Raimundo.
VIZ. No; con usted basta; nadie se enterará.
ENC. ¿Que quiere usted decir con eso?
VIZ. Esas 65.000 pesetas primeras, y las 20.000 segundas, las deposito en el Juzgado en su nombre, pero a cambio de... un solo beso de usted. (*Intentando.*)

ENC. ¡Aparte! señor Vizconde. ¡¡No quiero su dinero!!

VIZ. Razone un poco y verá cuan triste es ver a los padres...

ENC. Ya pensaré su situación.

VIZ. No, señara, Encarna. No puedo creer que permita que estando en sus manos, el Juzgado se mueva contra sus padres.

ENC. ¡Consultaré con Raimundo!...

VIZ. ¿Qué trabajo me costaría ir al Juzgado y firmar como que pago por sus padres? Ninguno. Pues el mismo le costaría a usted. (*Volviéndose a acercar.)* Acercar sus labios a los míos. (*Intentando abrazarla.*) Sí, Encarna, nadie lo sobrá, y salva a sus padres. Ande, si es por ellos. (*Quiere cogerla de nuevo.*)

ENC. (*Retirándose.)* ¡¡Nunca!!

VIZ. Por una vez podría calmar este corazón. Tan guapa... (Suelta un fajo de billetes de banco en cima de la mesa.) Todo esto y usted salvará a sus padres. (Cogiéndola fuertemente de una mano.)

ENC. *(Desprendiéndose.*) Suelte usted. (*Libre.*) No creí tal villanía. (*Con desprecio.*) ¡Le dejo!... *(Dirigiéndose puerta foro.)*

VIZ. (Imponiéndose.) No; guarde ese dinero.

ENC. Asco me daría.

LAL. (*Desde dentro.*) Mamá, mamá.

ENC. Voy, hija.

VIZ. (*Extrañado.)* ¿Eh? *(Aparte.*) ¿Nos verán?

ENC. Vamos. Déjeme salir, o grito por la ventana.

VIZ. Pero... ¡Encarna!

ENC. ¡Nada! ¡¡Se engaña!! ¿Lo ha entendido usted bien? Haga usted el favor. (*Indicándole la puerta.*)

VIZ. Es lo que más me enloquece. Mi fortuna daría, por encontrar una mujer como usted, ¡Encarna. (*Decidido.*) ¡Como usted! sí, tan buena, tan bella, así... queriéndola mucho. (*Trata de estrecharla.*)

ENC. *(No dejándose besar.)* Infame. ¡¡Suelte!!
LAL. *(Sale a medio vestir.)* Mamá, mamá...
ENC. ¡Mi hija! *(Fuertemente se escapa del Vizconde y abraza a Lali.)*
(Entran por la puerta foro Raimundo, Julio, Patro y Paco.)

ESCENA VIII

Dichos, RAIMUNDO, JULIO, PATRO y PACO.

RAI. ¿Qué sucede? ¿Qué indica ésto? *(Conociendo al Vizconde.)* ¿Usted aquí... en mi casa?... ¡¡Pronto, mi Encarna!! ¿Qué te ha pasado? ¡Estás temblando!
LAL. Papá, este hombre tenía cogida de la mano a mamá.
ENC. *(Abrazada a Lali)* ¡Hija mía!...
VIZ. Raimundo, perdón...
JUL. *(Aparte, a Paco y Patro.)* ¿Por donde habrá entrado este calavera?
RAI. *(Viendo los billetes.)* ¿Y ésto que significa?
ENC. Son del Vizconde.
PAC. *(Aparte, a Patro.)* Este es el banquete de que me hablaste. Pues sí que vamos a pasar hambre...
RAI. ¿Qué ha pasado?
ENC. Pasar... no ha pasado nada, Raimundo. Una locura de este hombre...
RAI. *(Acariciándola.)* Entonces, dime...
VIZ. ¡Señora, Encarna!
ENC. Que salga de aquí el Vizconde.
RAI. No, así no se irá.
PAT. *(A paco.)* Buena está la comida.
PAC. *(A Patro)* Mejor deben saber los postres.
ENC. Déjalo, me molesta ver a un hombre así.
RAI. *(Comprendiendo.)* ¡¡Ah!! Ya comprendo.

VIZ. *(Intentando salir.)* No puedo ni debo aguantar más.

RAI. Señor Vizconde: alto deber me corresponde a obligarle a que se quede, ya que su linaje, queda manchado una vez más, por la lujuria de su corazón. ¡Querer con billetes comprar una mujer!

VIZ. Señor, Raimundo. No olvide usted quien soy.

RAI. Un señor que ha venido cargado de billetes para estas cosas...

VIZ. Eran para salvar a los padres de la señora Encarna.

RAI. ¡No está mal la idea! Ha llegado tarde, el Vizconde. ¡¡Guárdeselos!! *(Se los tira.)*

PAT. *(A Paco.)* Vaya rumbo.

ENC. ¿Qué oigo, Raimundo?

RAI. A estas horas ya habrán pagado tus padres; porque ayer les envié cien mil pesetas.

ENC. Y yo sin saberlo.

RAI. Perdóname, mi Encarna, lo he hecho así, para que tú no sufrieras.

ENC. (Cogida a Raimundo.) Raimundo, ¡¡Que bueno eres!!

LOL. (Puerta foro, algo azorada.) Señora, señorito, en la puerta se ha parado un auto, y si no me equivoco, son sus padres.

ENC.
RAI. | (*Con interés.*) ¿Eh!!...

PAC. *(A parte.)* Ya cabemos a menos parte.

VIZ. (Que habrá permanecido intranquilo con la mirada hacia bajo. Aparte.) ¡¡Cielos!!

ESCENA IX

Dichos, JULIAN. TERESA, criada y JUANA, todos puerta foro

ENC. (Yendo a la puerta.)

TER. (Abrazando a Encarna.) ¡¡Hija mía!!

JULIAN Raimundo, perdónanos. (Le abraza.)
TER. Gracias, Raimundo. (Le da la mano.)
LOL. Y un bezo para su nieta ¿no hay?
TER. Hija de mi vida. (La besa.)
JULIAN Raimundo, nos ha salvado. ¿Eh? Está aquí también el señor Vizconde.
TER. ¡Ah! Mal hombre. Unico culpante de nuestra desgracia.
RAI. Y hoy pretendía...
JULIAN ¡¡Infame!! Unido con el marido de nuestra hija Margarita, ha tirado todo nuestro capital.
TER. (Llorando.) Que salga de aquí.
RAI. Basta ya de lágrimas, y vuelva la alegría. (Al Vizconde.) Y usted, Vizconde, coja eso, (por los billetes) y salga de esta casa. Ha llegado la hora que no sirve el dinero, sino el honor. ¡¡Fuera el zángano!! (El Vizconde hace mutis foro.)
CRI. Ahora le doy el cancelazo. (Todos miran al Vizconde con desprecio.)
RAI. Así se hace.
TER. | JUL. | Bien hecho.
RAI. Y tú, mi hermano, ahora te unirás con esa mujer, por tí abandonada.
JULIO Hermano, sí que lo haré.
RAI. (A Patro y Paco.) Y ustedes mis amigos, perdonadme, por todo.
PAT. | PAC. | ¡Nada, Raimundo!
RAI. Porque hoy soy muy feliz. Porque ya tienes abuelos, hija mía. (Conmovidos lloran los abuelos,

y Patro besa a Encarna y a Lali.) Y ahora, a celebrar cumplidamente, la felicidad de este día, como jalón definitivo del triunfo de nuestro amor.

TELON RAPIDO

F I N



Precio de esta obra: **UNA** peseta.

Imp. Gutenberg. Puente Genil